

POSEÍDA, DOMINADA Y SOMETIDA
POR EL MILLONARIO

A man with dark hair and a light beard, wearing a dark tuxedo jacket, a white dress shirt, and a dark bow tie. He is looking directly at the camera with a serious expression, adjusting his bow tie with both hands. The background is a dark brick wall. To the left, there is a blurred circular light source, possibly a lamp or a mirror reflecting light.

Comprada

ALBA DURO



COMPRADA

*Poseída, Dominada y
Sometida por el Millonario*



Por **Alba Duro**

© Alba Duro 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Alba Duro.

Primera Edición.

Dedicado a Mar y a Sara

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

Prólogo

Cuando estás sentado en el hotel más lujoso del país, rodeado de las mujeres más bellas, sosteniendo una copa del mejor vino y fumando un Habano de la cosecha especial cubana, te das cuenta de que todo valió la pena. Te das cuenta de que estás en la cima del mundo y el único asiento que hay es el tuyo y no pertenece a nadie más, eres dueño de todo aquello que soñaste y puedes dar órdenes con solo una mirada. Las bondades de la vida y del dinero son más que satisfactorias y muy adictivas, sobre todo cuando vienes de pasar tanto trabajo en tu niñez y todo lo lograste gracias con tus propios méritos y nadie puede decir lo contrario.

Quizá no sea la vida perfecta y quizá algunas cosas no son como se esperaban, pero al fin y al cabo cuando el dinero en el banco se multiplica prácticamente solo, te das cuenta que con él puedes comprar todo lo que quieras. Y a todos los que quieras. Simplemente es cuestión de poder y placer.

Andrés nunca pensó estar en esa situación, pero, así le sucedió. Después de tanta lucha y trabajo las cosas por fin se dieron y sus ideas y negocios traspasaron las fronteras y sus propios límites, él era ahora un hombre millonario, poderoso y codiciado.

Sí, tenía a las mujeres a sus pies, y no solo por su dinero sino por ser el dueño de la empresa más exitosa de su país según una reconocida revista dedicada a medir los estándares de cada empresa.

Con solo cinco años de fundada, “NUDE MAGAZINE” contaba con las mejores ventas dentro del mercado de revistas para adultos, además tenía las mejores modelos, el mejor material y la mejor calidad humana en el entorno de trabajo. La verdad es que el éxito de la compañía estaba destinado, todo se dio en el momento justo y con las personas justas.

Para él la satisfacción de ver sus sueños hacerse realidad y convertirlos en lo que siempre imaginó fue más allá de un simple protocolo. Se necesitó tiempo, esfuerzo, dedicación, creatividad, gritos, desvelos, constancia... En fin, el camino fue duro y en algunos momentos tristes, pero el resultado fue el mejor.

El respeto que sienten cada una de las personas que trabajan con Andrés es indescriptible, además cada una de sus instrucciones son magistrales y siempre dan en el clavo, Realmente había nacido para todo esto y era sin lugar a dudas un genio en toda la extensión de la palabra.

Pero, no todo podía ser bueno, pues Andrés desarrollo un ego inmenso y quizá en algunos casos una prepotencia sobre todas las personas que lo rodeaban, su manera de actuar ante las personas se transformó en autoridad y sentía tener el poder para hacer. Y lo tenía, solo que algunas veces parecía enfermo por él y nunca aceptaba un no por respuesta.

Pero, para todos era más importante la revista y las ganas de salir adelante. A pesar del mal genio que a veces tenía “El Jefe”, todos daban lo mejor de sí. Estaba trabajando en la revista más prestigiosa del país, tenían sueldos muy por encima de promedio y todas las comodidades que pudieran exigir... Y más. El trabajo era el soñado por cada uno de ellos.

Todo lo que se vivía dentro de la empresa a diario, reflejaba como Andrés había encontrado la fórmula perfecta para el éxito y el poder: dinero. Supo que esa palabra era mágica y todo se resolvía con él. Todos tenían un precio, incluso él.

Andrés había empezado el proyecto después de graduarse con honores en la Universidad de Las Artes, y entonces pudo conseguir todos los materiales para armar un pequeño estudio de fotografía en su pequeño departamento a las afueras de la ciudad.

Su primera modelo era una compañera de la universidad. Hermosa, elegante y sin ningún tipo de tabúes ni pudor. Elena posó para Andrés con lencería muy sexy y luego completamente desnuda.

No hubo firma en algún contrato, no hubo acuerdo en nada, solo estaban las ganas de cada uno, Andrés quería llevar a cabo su proyecto y Elena solo quería sentirse mujer y jugar con su sensualidad, con su cuerpo, con sus ganas de sentirte atractiva y deseada.

El proyecto fue rechazado por varias compañías en la ciudad y los alrededores, todos coincidían en que las fotos eran de muy buena calidad y que la modelo era hermosa, pero siempre daban la misma excusa: hay mucha competencia y creo que es más de lo mismo.

Después de ser rechazado por todos, sus ánimos estaban por el piso. El único apoyo que tenía era Elena que, además de su modelo, se convirtió en su mejor amiga y eso lo ayudó en muchas cosas. Luego de un tiempo sin intentarlo y después de conseguir un empleo en una cadena de alimentos, Andrés había dejado tirado en una caja todas las fotos y sus sueños.

Al llegar a su casa y quitarse el uniforme soñaba con publicar sus fotos en algún momento, soñaba con ver en un estante su revista, conocer y fotografiar a las mejores modelos del mundo, estar entre los mejores del mercado... Pero, al recordar todas las puertas que se habían cerrado bajaba la cabeza y solo dejaba que su mente se desconectara de todo eso.

Lo que Andrés no sabía era que las cosas cambiarían muy pronto y sería lo mejor que le podría pasar.

Un martes en la mañana estaba preparándose para ir a trabajar y recibió una llamada.

— Sí. Buen día.

— Buen día. ¿Señor Andrés Mata?

— Sí. Él habla.

— Soy Steven Marcano y trabajo para SM PUBLICACIONES. Nos encantaría hablar con usted hoy mismo, si es posible. Es acerca del proyecto que nos presentó algunos meses atrás.

Andrés estaba en shock y por un momento un sabía qué hacer, por un lado, era quizá una oportunidad, pero también tenía la responsabilidad en su trabajo actual. Debía tomar una decisión en poco segundos y así lo hizo.

— Dígame, ¿a qué hora necesita que esté allá?

— ¿A las 10:00 am está bien para usted?

— Perfecto, señor Marcano. Por allá estaré sin retrasos.

Al cortar la llamada se quitó inmediatamente el uniforme y se puso su mejor ropa para esa reunión. Por su mente pasaban muchas cosas, incluyendo el hecho de que faltaría al trabajo ese día, pero no solo por la responsabilidad que lo caracterizaba sino porque le descontarían el día de trabajo y eso no era bueno, para él.

Estaba pasando por algunos aprietos a nivel económico. Pero, con todo y eso algo le decía que no podía dejar pasar esa oportunidad. Siguió sus instintos y salió a las instalaciones de la empresa. No se había dado cuenta que aún no era ni las 8:00 de la mañana cuando salió.

Llegó al edificio y recordaba todo. Ya había estado ahí antes.

— Buen día. Soy Andrés Mata y tengo una reunión con el señor Steven Marcano.

La secretaria sin contestar revisó en la computadora.

— Pero, aquí me dice que su cita es a las 10:00 am. — Respondió de manera tosca y fría la secretaria.

— Si eso lo sé.

— Son las 8:45 am.

Andrés se tragó las ganas de insultar a la prepotente mujer, respiró y sacó su mejor sonrisa.

— No se preocupe. Esperaré.

Se sentó a esperar y a meditar un poco sobre la situación, era la oportunidad que haría cambiar su vida para bien o para mal, todo dependía de lo que pasara en esa reunión, pero, estaba seguro que fuese lo que fuese que pasara, nada iba a ser igual después de eso.

El reloj de la pared marcaba los segundos sin parar, Andrés lo miró y suspiró. Una hora de espera que aprovecharía al máximo para poner en orden sus ideas.

Mientras hojeaba una revista, una puerta se abrió y de inmediato reconoció al hombre. Se miraron mutuamente y mientras asentía, Andrés se levantó y caminó hacia el hombre de corbata roja y camisa negra, se estrecharon las manos.

— Un placer en volver a saludarlo, señor Mata.

— El placer es todo mío.

Entraron en la oficina y Andrés miró con sorpresa que Steven no estaba solo. En una mesa redonda había varias personas con toda la pinta de ejecutivos y los fue conociendo uno por uno. Definitivamente la cosa iba más allá de lo que él imaginó.

La conversación fue al grano desde el primer instante en que un hombre calvo de unos cincuenta años comenzó a hablar. Era Christian Machado, el presidente de la compañía.

Con solo la presencia de ese hombre a la cabeza de la reunión, se notaba el respeto que todos sentían por él. Hablaba pausadamente y con mucha seguridad, sabía lo que estaba haciendo y al ver lo interesado que estaba en el proyecto, Andrés se sintió más seguro.

Unos minutos más tarde Andrés estaba explicando sobre su proyecto, fue una exposición breve, para la cual no estaba preparado, pero fueron tantas las veces que él repasó eso en su mente que al final fue pan comido, cuando terminó y se sentó solo esperó a que todos le dieran el visto bueno.

— Tienes mi confianza, Andrés. La verdad me parece que tienes madera para el éxito y nunca me equivoco cuando digo algo así. Por algo me rodeo de gente tan talentosa. — dijo Christian con voz serena.

Entonces inmediatamente el hombre comenzó a recoger algunos papeles que tenía en la mesa y se levantó, se dirigió hasta el puesto de Andrés mientras todos se ponían de pie frente a sus sillas, le extendió la mano con una sonrisa y mirándolo firmemente a los ojos.

— Saquemos el proyecto.

Andrés no supo realmente que hacer en ese momento, su mente estaba a punto de explotar y no pudo evitar que en su rostro se dibujara una sonrisa enorme y se sonrojara un poco al ver que el hombre se había dado cuenta de su emoción.

— Gracias.

Fue lo único que pudo decir.

El hombre salió de la oficina sin mirar a los lados y al salir todos se sentaron y volvieron a la reunión. Hablaron un rato más y luego Andrés quedó solo con Steven, con el que habló directamente sobre el

proyecto.

Inicialmente se sacaría una sección nueva en una revista que ellos estaban manejando para ver como reaccionaba el público ante todo ese proyecto que Andrés presentaba ahora. Se iría metiendo poco a poco y según la reacción de los lectores todo podría ir cambiando. Ambos estaban claros que era un proceso lento y que las cosas debían hacerse casi perfectas para que calaran.

Por otro lugar, Steven exigió que consiguiera a la misma modelo de las fotografías del proyecto original, pues realmente fue lo que primero llamó a atención de los interesados.

— Perfecto, Steven. ¿Para cuando comenzamos?

— Arma el proyecto y la dinámica del mismo lo antes posible y me llamas. — dijo Steven mientras le extendía una tarjeta personal.

Prosiguió.

— Luego, cuando esté claro en todo lo que harás nosotros te daremos todo lo que necesites. Luces, cámaras, maquilladoras, sets...

Andrés estaba tan emocionado que solo quería salir de ahí para poder hacer todo de una vez.

— Perfecto. Esta misma semana me comunico con usted y organizamos todo.

Se estrecharon las manos y cada quien siguió su camino.

A partir de ese día la vida de Andrés cambiaría por completo. Trabajaría sin para hasta llegar al éxito.

II

Las fiestas eran prácticamente diarias, pero, Andrés asistía solo a las más importantes, en un principio cuando necesitaba conseguir clientes y hacerse conocer, trabajaba todo el día y por las noches se desvelaba tratando de vender su producto con las personas asistentes a ese tipo de actividades, pero, ahora las cosas eran completamente diferentes, y además de que tenía personas que se encargaban de ese tipo de trabajos, la revista se vendía sola, así como todos los proyectos dentro de ella. Los anunciantes eran cada vez más y las cosas estaban saliendo a pedir de boca.

Cuando la revista estuvo de aniversario decidieron hacer una fiesta enorme, de esas que no podrían pasar desapercibidas. Asistió toda la prensa, modelos, fotógrafos, actrices y actores, medios privados y, por supuesto, la competencia.

A Andrés le encantaba invitar a esos que después trataban de imitar las cosas que él hacía y salían como unos idiotas con las tablas en la cabeza. No era cuestión de ego, era algo de actitud.

Para la prensa era una delicia este tipo de fiestas, pues podía conocer a las chicas de la revista y tomarles algunas fotos exclusivas, además el ambiente era uno de los mejores, esta vez la celebración se llevó a cabo en una mansión a las afueras de la ciudad con dos piscinas, terrenos enormes con césped recién cortado y una zona para asar barbacoa con los mejores chef del país, además contaba con un sin número de animales de granja y eran parte del entretenimiento.

El atractivo principal de la revista eran las modelos. Todas las que estaban relacionadas con la empresa estaban ahí, en bañadores, metidas en la piscina, tomando cócteles, haciéndose fotos, en fin, disfrutando de la fiesta y de su fama. Por donde se mirara había hermosas mujeres y nada mejor que eso para los asistentes.

Andrés llegó con la celebración en pleno apogeo y comenzó a saludar a todos los asistentes que pudo, pasaba por las mesas y les daba la bienvenida, siempre manteniendo la mística y el porte de caballero importante.

Muchos de los invitados lo veneraban, era como un Dios para ellos, otros lo miraban con recelo y hasta con ira, pero lo recibían con su mejor sonrisa, la hipocresía estaba a la orden del día. Era un mundo diferente, un mundo que el mismo Andrés había formado y del que él era el dueño absoluto, aunque a muchos no le pareciera así.

Las chicas lo adoraban, cada vez que lo veían se lanzaban sobre él, se hacían fotografías y lo besaban. Ya él no sabía a cuantas de ella había llevado a la cama, pero, no por prometerles un trabajo o una sesión de fotos, ella nunca habían estado con él por eso.

Andrés no mezclaba el placer con el trabajo, para él eso era de lo peor que podía hacer un hombre. Una persona nunca debía caer en la manipulación para hacerse de una dama.

Ahí estaba rodeado de su creación, rodeado de sus enemigos, pero, era su pasión. Estaba feliz, los flashes de las cámaras lo deslumbraban, él sonreía con naturaleza... Estaba en su mejor momento.

La tarde fue cayendo y la noche comenzó a ser protagonista, las luces sobre la piscina se encendieron, el alcohol iba haciendo más amigable las conversaciones, la música cada vez encendía más a los asistentes y el disfrute era máximo, nadie en esa fiesta podía decir que la había pasado mal, pues, a pesar de la competencia, todos estaban pasando un buen rato.

Andrés conversaba con algunos inversionistas, estos estaban muy interesados en ser parte del proyecto de la revista, que ahora también sería digital. La página web estaba lista desde hacía un tiempo, pero Andrés quería darle un uso más global.

Que la revista saliera en la web sería enviarla hasta cualquier parte del mundo, sería un nuevo salto dentro de la empresa y que se reconociera a nivel internacional, quizá en algún momento podría tener sucursales en otros países y tener modelos en esos países, sacar revistas con chicas nacionales y que las ventas se multiplicaran. Él no pensaba ahora en un proyecto, pensaba en construir un imperio.

La conversación con los inversionistas estaba en su tope cuando la mirada de Andrés se tropezó con un rostro angelical. Sus ojos no podían dejar de observar a esa mujer.

¿Dónde estuviste toda la noche?

La chica conversaba con varias de sus modelos, pero la verdad es que resaltaba sobre ellas. Tenía un bikini negro espectacular que realzaba su cuerpo y el color de su piel. Sus senos sobresalían sobre cualquier otra parte de su cuerpo haciendo que la libido de él se activara inmediatamente. Estaba hipnotizado y quiso conocerla. Eso no sería un problema.

III

La fiesta era la mejor a la que había asistido, el sitio era hermoso y Melissa sentía que ese día le traería nuevas oportunidades para su carrera. Estaba con la crema y nata de la sociedad y también del modelaje, era algo que no podía dejar pasar por alto.

Ella era parte de la competencia, pertenecía a una revista que estaba en sus comienzos y que estaba siendo opacada (así como todas) por NUDE MAGAZINE, pero, sus dueños y creadores había recibido la invitación y a diferencia de los demás ellos lo tomaron como un halago y se sintieron más que honrados al asistir.

Llegaron con su mejor modelo y buscando tanto el apoyo de anunciantes como de inversionistas, las cosas a nivel económico no estaban muy bien para ellos.

De igual manera seguían adelante sin dejar a un lado sus sueños y seguían trabajando por ello. Eran los “más pequeños de la fiesta” y estaban claros en ese punto.

Melissa es una mujer, que además de ser hermosa, es fascinante, agradable y muy amigable. A pesar de la competencia entre chicas ella encajó muy bien en el grupo de modelos e hizo amistad muy pronto, se codeó con muchos fotógrafos que increíblemente le pedían una fotografía, ella accedía sorprendida, pero contenta.

Melissa tenía una sonrisa para todos y combinada con sus ojos verdes derretía a cualquiera, estaba llena de espontaneidad, de carisma... Era sin duda una mujer interesante y sobresalía entre las demás.

Estuvo durante toda la tarde en el área de la piscina y tomando algunos cócteles, miraba a su alrededor y no podía creer que existiera una propiedad tan grande, tan lujosa y tan espectacular. Las chicas y las personas hacían de la mansión algo mejor.

Cuando la fiesta comenzó a calentarse escuchó como las personas comenzaron a hablar y a levantarse, a lo lejos, en la entrada de la mansión había un tumulto de personas y fotógrafos, algunas mujeres se acercaban con los tragos en la mano y se ponían en la punta de sus pies para ver por encima de resto, saludaban con la mano y otras gritaban. Melissa no podía divisar desde ahí que era lo que sucedía y entonces decidió preguntarle a una de las chicas que estaba con ella.

— ¿Qué sucede?

— Llegó el jefe, cariño. El responsable de todo lo que ves hoy aquí.

Melissa sintió curiosidad y se puso de pie en el borde de la piscina. Entre la personas logró ver a Andrés con una camisa manga larga roja y sin corbata, lentes oscuros y una sonrisa espectacular.

— Te lo presento, cariño. Es: Andrés Mata.

Melissa no dijo nada y solo lo miró todo el tiempo que pudo hasta que entró a la mansión y se perdió detrás de las enormes puertas de madera. Se quedó de pie durante un instante más y luego se sentó de nuevo al lado de su nueva amiga.

— Encantador, ¿no?

— Quizá. — Dijo Melissa y tomó un sorbo de su coctel.

Se quedó pensando en aquel hombre, que quizá no habría visto si la curiosidad no la hubiese llevado a levantarse. Era apuesto, pero además era el dueño de la revista, no, ella no estaba viendo eso como una oportunidad.

La verdad lo estaba viendo como un imposible, ella pensó que un hombre así no se fijaría en una mujer como ella y menos teniendo tantas chicas hermosas a su alrededor. Pero, las cosas serían un poco

diferentes.

Melissa siguió en la fiesta y disfrutando del momento. Ya lo del hombre guapo había pasado y sabía que debía dejarlo atrás. En ese momento llegó un fotógrafo y le pidió una foto a las dos chicas, estas se acomodaron y dieron su mejor sonrisa al chico, este la tomó y luego se alejó dando las gracias.

Todo marchaba de maravilla y la noche caía sobre la mansión, un atardecer hermoso se veía en el horizonte, todos portaban sus gafas de sol y estaban bailando y riendo. Unas chicas llamaron a Melissa e hicieron un grupo.

A pesar de estar distraída de vez en cuando volteaba y buscaba una camisa roja entre la multitud, pero, cuando conseguía una no tenía el rostro que ella quería encontrar. Así que desistió en su exploración y decidió concentrarse en lo que estaba haciendo.

Es un imposible, querida. Entiéndelo.

Mientras hablaba y compartía algunas historias con las chicas sintió que alguien la observaba volteó de inmediato y era él. Ahí estaba parado Andrés. Señorial, apuesto, galán. Melissa no pudo mantenerle la mirada y bajó la cabeza sintiendo como su rostro se sonrojaba poco a poco, instintivamente lo miró de nuevo y observó que él no le había apartado la mirada y ella no tuvo otra opción más que sonreír.

Ese fue el primer contacto entre ellos.

IV

El camino transitado por Andrés no fue para nada fácil, al principio las cosas no salieron de la mejor manera y se comenzó a dar cuenta que la competencia era desleal y que los hombres que estaban a su alrededor lo estaban usando.

La sensación de saberse traicionado era algo de lo que Andrés tardaría mucho tiempo en recuperarse, no podía entender como alguien a quien le brindó su apoyo y le dio su confianza lo vendiera de esa manera. Después estuvo su primera pareja formal, ella comenzó siendo modelo con él y al final estaba juntos como pareja.

Ella también lo cambió por un dinero que le ofrecieron en otra compañía y a cambio dio parte del proyecto de Andrés que aún no estaba patentado. La competencia ganó mucho terreno y dinero con lo que había sido su idea, pero esto no lo desanimó, más bien le dio las fuerzas para poder seguir adelante, si, no confiaba en nadie más que en el mismo y en Elena, su amiga de la universidad. Ella estaba ahora trabajando para él en otras cosas, pero, la verdad se sentía solo.

Andrés empezó a hacer las cosas de otra manera y los asuntos más confidenciales lo trataba solo con Elena, que era la única persona que le había demostrado realmente lo que era ser fiel y honesto. Así fue como las cosas comenzaron a funcionar.

Todas las traiciones, mentiras y burlas hicieron que él realmente entendiera muchas cosas y también las aprendiera, pero, más allá de eso lo convirtieron en un hombre frío y quizá con falta de humanidad.

El mundo se le fue tornando de otra manera, un poco más gris y algo cruel. Claro, cuando veías que una persona en la cual confiabas tanto desconfiaba de ti, pues sabías que en ella había una dosis enorme de crueldad y maldad.

“El éxito a veces se manifiesta de maneras extrañas” le dijo una vez un hombre que conoció en un banco cuando depositaba un dinero, y así lo estaba viviendo Andrés, aunque aún no era exitoso las cosas pintaban para eso, pues no importaba cuantas ideas le robaran, no importaba cuantas veces lo traicionaran, él saldría adelante con mil ideas nuevas y con la moral más alta que nunca.

Dejar a un lado la humildad y convertirse en un toro agresivo no fue tarea fácil, pero todo lo empujó a eso. Quizá más adelante las cosas cambiarían, pero, para llegar a la cima tendrías que afilar tus cuernos y quitar del camino a aquellos que ni para estorbar sirven.

Y así se fueron dando las cosas con el pasar del tiempo, Andrés adoptó una nueva personalidad, mientras más tropiezo llevaba en su senda. Entonces al ver que las cosas comenzaban a funcionar decidió seguir siendo así.

Ahora no le importaba más que su visión, su proyecto y la fortuna que estaba amasando, por instantes Elena le reclamaba la manera en que hacía las cosas y más que eso el cómo trataba a las personas, pero, él hacía caso omiso a todo eso, no le importaba, pues eran personas como esas las que lo habían hecho así. No se arrepentía de nada.

Pero, todo tiene su excepción y en este caso eran las mujeres. Cuando la revista empezó a crecer tuvieron que contratar muchos modelos y lógicamente el filtro más importante por el que debían pasar era él.

Normalmente las chicas no lo conocían en persona para mantener la profesionalidad y la mística un poco. Andrés las seleccionaba a través de las fotografías que ellas se hacían en los estudios de la revista y de resto Elena hacía todo.

Las cosas cambiaban un poco cuando a él realmente le gustaba una chica. Hacía que Elena le pasara una invitación a un restaurante o a su oficina, pero, nunca decía que él era el jefe o el dueño de la revista y eso

tenía dos razones.

La primera era porque no quería sentir se en ventaja con tener ese puesto dentro de la empresa y que ella lo vieran como una oportunidad y además muchas otras veían con malos ojos que el jefe te invitara a salir porque creían que lo hacía solo para tener sexo con ellas o para aprovecharse de su estatus.

A pesar de todo a Andrés le encantaba conquistar a las mujeres por lo que él realmente era, sin nombres y sin jerarquías. La segunda razón era que si ellas estaban seleccionadas, era porque realmente tenían las características y el talento necesario para estarlo. Nada cambiaría eso, ni siquiera el hecho de que ellas lo rechazaran en la cita.

Pero, la verdad es que Andrés era un “Don Juan”, no necesitaba ser “el jefe” para tenerlas a sus pies. Eso le sucedía desde muy joven, pero ahora se sentía con más confianza. Lo hacía cada vez que quería y su colchón ya no podría diferenciar cual es cual.

Así la vida de este creativo y exitoso hombre fue abriéndose paso a través del tiempo y lo fue consolidando como uno de los mejores del mercado.

Pero, quizá entre tantas mujeres y tanto dinero hacía falta algo en la vida de Andrés, y más que algo, faltaba alguien que le ayudara a conseguir todo lo que había perdido en su vida, pero la verdad eso no sería nada fácil, se había acostumbrado a hacer lo que quería, con quien quería, durante el tiempo que quería.

El último año Andrés experimentó lo que hasta ahora era el tope en su carrera.

Las ventas de la revista sobrepasaron los límites establecidos y tuvieron que sacar segundas ediciones de unas cuantas, las modelos llegaban cada día en grupos más grande con sus mejor portafolio en mano buscando una oportunidad, pero solo las que ellos llamaban eran retratada y publicadas, ya la revista había llegado al nivel de tener en portada solo la que quería, no necesitaba a ninguna novata que viniera a tocar las puertas.

Andrés estaba en la cima del mundo y se sentía omnipotente, poderoso... Estaba viviendo un delirio descomunal.

Quizá era una reacción ante una situación que ni en sus mejores sueños podría imaginar, pero la verdad era que lo disfrutaba muchísimo. Estaba seguro que todo lo que tocaba se volvía oro y que todos querían trabajar con él, nadie estaba por encima de su trabajo, nadie.

Así las cosas cada vez fueron siendo más rentables, más dinero entraba en la compañía y sus empleados eran mejor pagados, no importaba cuantos gritos o reclamos recibieran del jefe, lo importante era la paga cada semana. Todos estaban contentos en sus puestos y la calidad de la revista resaltaba por encima de las demás.

Para Andrés eso también se traducía en más mujeres para y la verdad es que algunos días no sabía si ya se había revolcado con alguna y terminaba haciéndolo tres y cuatro veces con chicas diferentes.

Ya no importaba darles placer sino que el quedara satisfecho, a veces los encuentros sexuales se reducían a verlas masturbarse y solo ver como se desnudaban y le daban una mamada. Esto era más que genial.

Mujeres, éxito y dinero. Eso era lo que sobraba en la vida de Andrés, pero, poco a poco se fue dando cuenta de que la vida que el había vivido con anterioridad era mucho más que eso. Necesitaba sentir de verdad y saberse querido. Por momentos pasaba por encrucijadas donde no sabía qué hacer.

Las miradas de ellos no podían dejar de encontrarse, sentían la necesidad de encontrarse y de saber que el otro también observaba. Melissa era la que más evadía la situación, pues se sentía un poco intimidada por aquel hombre, no solo por lo guapo que era sino porque sabía quién era y lo que significaba en aquella fiesta.

En un instante, durante el cual tomó un sorbo de su coctel, Melissa perdió de vista a Andrés. Su rostro cambió completamente y moviendo la cabeza lo buscó entre la gente, pero, le fue imposible. Trató de disimular lo más que pudo, pero una de las chicas se dio cuenta.

— ¿Se te perdió algo, cariño?

Melissa volteó y la miró con un poco de vergüenza.

— No, para nada. Solo miraba al azar.

— Entiendo. Buscando algún galán. ¿Cierto? Hay muchos hombres guapos aquí.

— La verdad nada que me haya llamado la atención.

Ambas rieron y siguieron la conversación.

Minutos más tarde la temperatura comenzó a bajar y la brisa se hacía cada vez más fría, así que Melissa decidió a entrar en el baño y cambiarse de ropa para estar más abrigada.

Cuando eran ya casi las 9:00 de la noche y ella salía del baño con un nuevo aspecto y más abrigada con la ropa que había llevado en un principio (dio gracias de que la invitación no era con traje formal), escuchó que en una tarima cercana se preparaba un grupo musical y decidió acercarse hasta allá.

Mientras miraba como los chicos afinaban y se ponían en sus lugares un hombre alto se le acercó, ella no volteó, solo miró de reojo.

¡Una camisa roja!

Cálmate, mujer. Es solo tu imaginación.

No. Si es una camisa roja.

No voltees, no voltees, no voltees...

— Buenas noches, dama. — dijo el hombre.

Melissa volteó y su corazón dio un vuelco.

Te lo dije. Era una camisa roja.

— Buenas noches, caballero.

Él le extendió una copa con algún coctel. De hecho era el mismo que ella estaba tomando.

— Es un placer conocerla, señorita. Mi nombre es Andrés Mata.

Melissa cambió de mano su coctel de manera brusca y algo nerviosa, la secó de su pantalón y le estrechó la mano al hombre.

¿Acaso él está temblando?

— Mucho gusto. Mi nombre es Melissa Prieto. Encantada.

Ella pensó que el hombre se había dado cuenta que lo había estado mirando un rato antes y que estaba aquí pensando que ella le estaba coqueteando... O algo. La verdad ella no sabía que pensar en aquel momento.

— ¿Disfrutas de la fiesta?

— La verdad es que la disfruto muchísimo.

— Pues, me alegra por soy uno de los trabajadores de la revista y estoy encargado de todo lo que ve.

A ella le pareció extraño eso. O la verdad es que quizá ella confundió a Andrés con el otro hombre que estaba entre la multitud (cosa que dudaba, cuando Melissa veía un rostro no lo olvidaba) La otra chica le había dicho que el era el jefe, el dueño de la revista. ¿por qué ahora diría lo contrario él?

— Todo quedó excelente. Lo felicito.

— Por favor tutéame.

Ella seguía viéndolo y tratando de convencerse que estaba equivocada, pero, no. No lo estaba. Melissa decidió que por el momento no le importaba si él era el dueño, el jefe o como lo llamaran, lo que le importaba era estar ahí con él. Que hombre tan espectacular.

— Está bien, Andrés. Como quieras.

Él le acercó la copa y ambos brindaron.

— Desde hace rato te vi conversando con algunas chicas. No sé si están planeando algo o... Bueno, la verdad me gustaría invitarte a que nos sentemos en un sitio más tranquilo y donde podamos hablar.

Andrés... ¿Estás nervioso?

— La verdad no tengo nada planeado con nadie. Me encantará ir a ese lugar.

Andrés la guio con el brazo hasta una de las mesas que estaban más alejadas y se sentaron. Lo primera que observó Melissa fue que el hombre si parecía más importante de lo que él decía ser, se veía elegante y único a pesar de no estar formalmente vestido, eso le hizo recordar que ella estaba vestida de la manera más urbana y casual. Eso la hizo avergonzarse un poco.

— Entonces, Melissa. Cuéntame de ti. ¿Trabajas para alguna revista?

— Bueno, sí. Soy modelo de una revista. Está comenzando apenas.

Andrés dedujo que ella era “La Elena” del dueño o del creador de la revista. Pero, la verdad siendo ella mucho más hermosa. Andrés se sonrió un poco con solo pensar que si Elena lo escuchaba diciendo algo así lo golpearía.

La sonrisa hizo que Melissa interrumpiera lo que decía.

— Disculpa. Continúa, por favor.

Ella continuó.

— La revista aun es un proyecto, pues no se cuenta aún con el dinero suficiente como para sacarla. Por ahora somos como especie de un catálogo... O un... No sé cómo definir eso. Estamos saliendo de manera digital por los momentos.

— Te entiendo perfectamente, Melissa. No es fácil, pero lo importante es que ya dieron el primer paso.

La conversación tuvo su primera interrupción cuando ambos se dieron cuenta de que sus copas estaban vacías. Andrés vio a un de los mesoneros pasar cerca y lo llamó para pedirle que le trajeran bebidas nuevas.

Melissa aprovechó para ir al baño.

Andrés se quedó viendo a la chica de pantalón de jean ajustado caminar hacia el baño con elegancia a pesar de lo sencilla que era. A primera vista se notaba que Melissa era una chica de bajo estrato, pero eso no le importaba.

A él le llamó la atención lo bella que era y que a pesar de cualquier cosa era una mujer educada y además muy bella.

Estuvo luchando por no bajar la mirada durante la conversación para ver sus pechos. Eran enormes y desde el momento en que la vio con el bikini supo que eran naturales... Nada mejor que eso. Tenía un cuerpo de diosa, no había nada que no le gustara.

Pero, más allá de eso hubo algo que lo tuvo atento, sí la chica es muy atractiva y eso fue lo que lo llevó a buscarla, pero era primera en vez en quizá dos o tres años en que tenía una conversación tan larga con alguna.

Se estaba muriendo de ganas por meterla entre sus sábanas, pero estaba tan complacido con su tema de conversación y con su compañía, que por un momento eso pasó a un segundo plano. En ella había algo diferente.

El mesonero llegó casi al mismo tiempo que Melissa y ella quedó con más dudas desde el momento en que el chico se retiró y le llamó “señor” a Andrés. No es que estuviera mal, por a cualquiera se lo pueden decir, pero la forma en que el muchacho se dirigió a él, parecía con un respeto más allá del normal.

Pero, eso pasó de largo y volvieron a la conversación.

Así pasaron la noche y los tragos hasta que Melissa prefirió no tomar más. Ya estaba algo mareada, de hecho más de la cuenta.

— ¿Pero, te sientes bien, Melissa?

— Sí. Solo estoy un poco mareada. Eso es todo.

Pero, la verdad la chica se veía más que eso.

— Vamos, quisiera que caminaras un poco y tomara algo agua.

Ella estaba consciente de todo lo que hacía, de hecho hasta se sentía avergonzada de que ese hombre la estuviese tratando como una borracha. Melissa trató de mantener la compostura y llegó por sus propios medios hasta la barra móvil que había instalado en el jardín de la mansión.

Tanto Andrés como Melissa se dieron cuenta de que la mayoría de las personas se había ido y eso prendió una alarma en ella.

DE inmediato revisó su cartera y buscó su móvil. Tenía nueve llamadas perdidas de su jefe y su amigo, con los que había llegado a la fiesta. Además había un mensaje en el buzón de entrada.

“Queríamos irnos contigo, pero no te encontramos. Escribe apenas leas esto”

Ella se lamentó de no haber escuchado el móvil y se dejó caer en una silla cercana poniendo sus manos en el rostro en señal de disgusto.

— ¿Pasa algo, Melissa?

— Mis compañeros me dejaron aquí. Se fueron porque no les contesté el móvil.

— Bueno, tranquila. Yo podría llevarte hasta tu casa o podrías quedarte a dormir aquí hoy.

Melissa levantó la mirada y observó a su alrededor. Al hacer eso todo comenzó a darle vueltas. Parecía que estaba en una montaña rusa. Trató de hablar pero, cayó desmayada a un lado de la silla.

VI

Melissa abrió los ojos con dificultad y sintió como si una lanza le atravesase la cabeza, se echó una almohada sobre la cara para evitar que la luz del sol le diera directamente. El dolor de cabeza no era para nada normal y pensó que jamás, en toda su vida, había sentido algo como eso.

Era mucho peor de lo que se hubiese imaginado, además su boca estaba reseca y sentía como su estómago le daba vueltas, por un momento pensó que colapsaría completamente.

Los recuerdos se cortaban en partes, recordaba las fiesta por su puesto y a Andrés, pero, las cosas se ponían un poco confusas cuando trataba de visualizar que pasó después de todo eso, de pronto algo la hizo deshacerse de cualquier pensamiento y se centró en una sola idea: ¿Dónde estaba?

Se quitó la almohada del rostro y trató de enfocar más o menos su alrededor, estaba en un sitio que no conocía y los nervios la atacaron seriamente, pues trataba de saber que había pasado, pero, todo eso estaba borrado de su mente.

En ese instante se quitó la sábana y vio debajo de ella. Estaba vestida con la misma ropa de la fiesta y eso la tranquilizó un poco, pero, de igual manera no se sentía cómoda en ese sitio y estaba algo desorientada.

Se levantó de la cama y aun todo le daba vueltas, una punzada en la cabeza hizo que se sentara de nuevo en la cama. Respiró profundamente y vio en la mesa de noche un antiácido y un vaso con agua.

Decidió tomárselo, total, estaba segura que era para ella. El agua le refrescó la garganta y en antiácido estaba haciendo su efecto rápidamente, así como lo decía el comercial en la TV, se quedó sentada un rato y pensó las cosas con calma.

Escuchó algunas voces fuera de la habitación y decidió, poco a poco, ir hasta allá. Agarrándose la cabeza como si se le fuese a caer camino y pego su oreja de la puerta. No logró escuchar con nitidez nada, solo eran voces de mujeres y algunas parecían reírse.

No quiso abrir la puerta y volvió a la cama, a su lado estaba la cartera y busco su móvil entre sus cosas. No estaba. Eso hizo que los nervios volvieran a ser parte de ella y eso no estaba bien.

Había un teléfono en la habitación y lo tomó. Tenía línea y decidió llamar a su amigo, pero, cuando empezó a discar se dio cuenta que realmente no se sabía el número del muchacho, eso la desesperó tanto que al colgar la bocina la estrelló con todas sus fuerzas contra el teléfono.

En ese momento tocaron la puerta y Melissa se sobresaltó en la cama.

— Adelante.

— Buenos días, señorita.

Entró una mujer con delantal y algún tipo de uniforme de empleada de servicio, llevaba con ella una charola que puso en una mesa con ruedas y la llevó hasta el borde de la cama.

— Buenos días. Gracias, pero...

— El señor me encomendó que estuviera pendiente de usted, y pues aquí le traigo un rico y nutritivo desayuno.

Melissa seguía un poco confundida.

— Disculpe, pero... ¿Dónde estamos?

— Es la casa de campo del señor. Anoche hubo una fiesta y...

— Si, si, si... Eso lo recuerdo.

Melissa hizo un gesto con la mano y la empleada dejó de hablar.

— Si necesita otra cosa puede llamar por teléfono y marca la extensión 01, yo vendré inmediatamente.

— Gracias. Por ahora solo necesito saber dónde está mi móvil. ¿Sabrá usted eso?

— Lo siento, señorita. Con eso no la puedo ayudar. El señor no mencionó nada de un móvil y yo apenas llegué a las 7:00 am para cubrir mi turno.

Melissa le sonrió a la empleada, pues había sido muy amable con ella.

— Está bien.

La mujer salió y cerró la puerta dejando sola a Melissa dentro de la habitación.

Ella seguía tratando de recordar cómo había llegado hasta ahí, pero, tenía la mente en blanco. Miró la charola y a pesar de que todo se veía delicioso solo decidió tomarse el jugo de naranjas y encendió un televisor que tenía cerca para tratar de distraerse un poco. Estaba más tranquila, pues al menos sabía dónde estaba o al menos eso creía.

Al pasar una media hora ya Melissa estaba más despierta y aunque seguía sintiéndose mal, podía ya nada le daba vueltas. Paseó un poco por la enorme habitación y miró por la ventana. Abajo estaba la piscina y los terrenos donde ella había estado la noche anterior.

Algunos hombres recogían mesas y sillas, otros desmontaban la tarima y sacaban el sonido y algunas mujeres ayudaban con la parte de limpieza. Según su reloj interno debían ser como las dos de la tarde.

Tocaron la puerta de nuevo y ella volteó repentinamente.

— Adelante.

Melissa quedó sorprendida cuando Andrés entró por la puerta. Su primer reflejo fue acomodarse el cabello que pensó lo tendría como una bruja.

— Hola, Melissa. Buen día. — dijo Andrés mientras miraba su reloj. — Buena tarde, mejor dicho.

Ella sonrió y el corazón estuvo a punto de salirse por la boca, pensó que estaba sonrojada.

— Hola, Andrés. Qué vergüenza que me consigas así... Yo...

— No te preocupes. Solo vine a ver si estaba bien y necesitabas algo.

— Estoy bien, solo un poco confundida y con un leve dolor de cabeza.

— Me alegra.

Andrés sonreía de una manera diferente aquella tarde.

— La verdad no suele pasarme este tipo de cosas, de hecho estoy tan confundida y sin saber que hacer porque por primera vez me pasa.

Andrés rio.

— Todos nos hemos emborrachado. No es nada del otro mundo y mucho menos algo por lo que debes abochornarte.

Melissa se relajó un poco se sonrió.

— Gracias por estar pendiente.

— No te preocupes. Si quieres ducharte puedes hacerlo. En el baño siempre hay toallas limpias y tienes agua caliente si lo quieres. Y por lo de la ropa en el closet tienes infinidad que escoger, es de las chicas de la revista. De seguro conseguirás algo que te quede.

— La verdad no sé cómo agradecer...

Andrés levantó su mano como mandándola a callar.

— Ni te preocupes. Estamos para servirte. Estás en tu casa y puedes hacer lo que quieras, afuera están las chicas por si las quieres saludar y cuando quieras irte yo te llevaré hasta tu casa sin problemas.

Melissa bajó la cabeza y se sonrió de nuevo. Este hombre era perfecto.

Andrés se dio media vuelta para salir de la habitación, pero, interrumpió su paso metiendo la mano en uno de los bolsillos de su pantalón.

— Lo olvidaba. Anoche me dijiste que necesitaba carga y pues lo dejé enchufado hasta hace unos minutos. Está al 100%.

Andrés le extendió el móvil y ella se sintió más avergonzada aún.

— Gracias. Muchas gracias.

El hombre sonrió y salió de la habitación.

Ella se sentó en la cama y suspiró. La verdad es que Andrés era todo lo que ella esperaba.

Lo de darse una ducha era una idea genial, así que cerró con seguro la puerta, se desvistió y entró al baño y cuando se dio cuenta que había una tina, pues la puso a llenar.

Mientras esperaba pensaba en algo. La empleada hablaba de que “el señor” estaba muy pendiente de ella, pero, el único que podría estarlo era Andrés. Entonces, ¿Por qué le decía “señor”? Algo no le cuadraba.

VII

La noche de Andrés terminó como menos lo imaginó.

Después de que Melissa se desmayara él mismo se encargó de levantarla y llevarla hasta la habitación y no aceptó ayuda de nadie.

Él sabía que la chica solo estaba ebria y entonces decidió acostarla en la cama. Con el ajeteo la blusa de la chica se había movido un poco dejando ver su sujetador completamente y a pesar de que la prenda no dejaba mucho a la imaginación y que desde un principio le había estado viendo los senos, él decidió llamar a una de sus empleadas. La mujer entró enseguida y recibió órdenes de Andrés. Quería que ella le quitara los zapatos y le acomodase la blusa.

Él salió de inmediato de la habitación y buscó un vaso con agua y un antiácido. Al volver ya Melissa estaba sola, puso las cosas en la mesa de noche y la miró, la miró durante unos segundos y estaba seguro de que jamás había visto a una mujer tan hermosa.

Andrés cerró la puerta con cautela y se fue directo a la oficina que tenía en la mansión.

Estuvo investigando las publicaciones del proyecto donde trabajaba Melissa, no fue difícil encontrarlo fijándose en la lista de invitados que tenía en su correo electrónico, haciendo un descarte de quienes conocía y quiénes no.

A nivel de fotografía el trabajo era muy bueno y ella se veía espectacular. Definitivamente debía tenerla en la revista y en su cama, no importaba cuanto le costara.

Una hora después Andrés se fue a dormir. Solo, como no lo había hecho en mucho tiempo.

VIII

Iban en el coche camino a la casa de Melissa. Esta estaba muy nerviosa, pues se daba cuenta que cada vez que veía a Andrés lo encontraba más guapo y sentía que él tenía algo diferente a los demás algo que la hipnotizaba.

Por el otro lado, él sentía lo mismo. Melissa era de esas mujeres únicas, hermosas y seductoras. Su sonrisa y sus ojos siempre se conjugaban para jugarle sucio a cualquiera que los viera. Andrés estaba loco por tenerla, sentía una atracción inédita, pura y completamente sexual hacía esa chica.

— La ropa la devolveré pronto.

— No te preocupes, de seguro las chicas ni la usan.

— La verdad toda tenía etiquetas. Así que están nuevas.

— ¿Ves? Como parte del patrocinio se las dan y ellas ni pendiente. Tienen demasiada ropa.

— Nunca es demasiado para una mujer.

Ambos rieron.

— Además no creo que a ninguna de ellas le quede tan bien como a ti. Y hablo en serio.

Melissa se sonrojó un poco y sonrió.

Llegaron al edificio donde vivía ella. Era un lugar que le recordó mucho sus años cuando trabajaba en el negocio de comida rápida.

— Quisiera agradecerte por todo, la verdad no me comporté bien, pero siempre hay alguien que no ayuda.

— Ya olvídalo. Para mí fue un placer.

— Quisiera darte las gracias mil veces por todo, de verdad que sí.

— Ya, Melissa. A ver, ¿qué te parece si salimos mañana en la noche a una cena?

Ella se sorprendió y ya sabía que aceptaría, pero, la forma y la seguridad con la que le invitó la dejó sin palabras durante un instante.

— Andrés... Yo...

Había algo que la atraía tanto que no podía contenerse.

— Está bien. Me avisas y nos veremos de nuevo. — dijo Melissa al final.

— Perfecto.

Melissa sacó un papel y un bolígrafo de la cartera y le anotó su número.

— Muy importante.

Ella sonrió y se bajó.

Ya dentro del edificio ella se quedó pensando en aquel hombre misterioso y seductor. No podía creer lo que sentía en aquel momento, se sentía tan atraída que podía salir y correr detrás de ese coche en ese mismo instante. Melissa estaba pasando por algo inédito en su vida, de haber sabido que el sentimiento era mutuo, habría salido y corrido, no importaba cuánto.

Suspiró profundamente y fue al ascensor.

Lo primero que hizo fue ir hasta su cama, realmente la extrañaba, pero los pensamientos se centraron en Andrés. No podía sacarlo de su mente y su ganas por tener a ese hombre eran infinitas.

Pero, ella sentía que él ocultaba algo, por momentos parecía algo oscuro e indescifrable y en otras

ocasiones las cosas parecían más normales, ella tenía las sospechas que no estaba siendo completamente sincero con ella y aunque eso la inquietaba un poco, pues su belleza opacaba cualquier cosa. Melissa seguía muy cansada y mientras pensaba en Andrés se quedó completamente dormida.

IX

Ella quedó helada cuando vio lo que había detrás de la cortina y no supo que decir. Pensó cualquier tipo de cosas antes de pronunciar una palabra, había una mezcla de sentimientos en ella, de sensaciones y de miedos porque jamás pensó que alguien como él pudiera tener ese tipo de gustos.

La cama era enorme y sobre ella habían cosas que ni siquiera sabía que existían, su corazón se aceleró más y más, poco a poco fue cambiado su miedo por deseo y su mente fue un punto importante en ese momento, en ella transformó todas las dudas en ganas y todos los miedos en retos para superar.

Desnuda delante de todo se sintió como en el cielo, estaba a punto de sumergirse en un mundo donde jamás había estado y estaba dispuesta a todo eso con tal de sentir más de lo que nunca había sentido, eso que solo Andrés le pudo dar desde la primera noche que estuvieron juntos.

Melissa y su mente comenzaron a jugar, a imaginar y sus sentimientos convergieron con los deseos, hicieron que todo se amalgamara en pasión, en lujuria. Ella comenzó a tocarse los senos de manera de poder dar a su cuerpo parte de lo que su mente le impulsaba a hacer, estaba tan decidida que solo con pensarlo se mojaba.

Por detrás la embistió Andrés y la penetró sin decir nada. Ella lanzó un gemido y calló con sus dos manos sobre el colchón.

Durante todo el día Andrés estuvo trabajando en la oficina, pero la mayoría de sus pensamientos pertenecían a Melissa y eso no era nada común en él. Con eso se dio cuenta que las cosas con ella eran diferentes. Sí, quería llevársela a la cama, su entrepierna ardía cada vez que la miraba, pero, había otra cosa, quizá era su mirada o su sonrisa, lo cierto es que jamás estuvo tan pendiente de alguien y con tantas ganas de verla.

Sin dudas Melissa prendía todas las alarmas, era una mujer diferente y que a pesar de haber visto su lado más noble, sabía que en ella había algo más. Claro, a penas la conocía y era muy difícil sacar conclusiones ahora, pero, en su mirada encontraba algo más allá de lo que había visto.

En la noche cenarían juntos y Andrés esperaba poder tener más de ella, saber más, saborearla y hacerla suya a su manera, de la única forma que podía darle placer a una mujer como Melissa. No todas lo merecían, bajo su concepto, pero esta chica fabulosa y algo misteriosa tendría que tenerlo... Eso y mucho más.

Las tarde llegó y con ella las ganas de Andrés, quién salió disparado, antes de lo normal, a su casa y esperaba con ansias el momento de la verdad. Esta noche sería la noche.

La hora llegó y ya Andrés estaba listo mucho antes del horario acordado.

En el departamento Melissa terminaba de arreglarse cuando sonó el móvil. Ya era la hora y aun el vestido estaba sobre la cama.

— Hola, Melissa. Llego en 20 minutos.

— Excelente. Te espero.

La chica lanzó el aparato en la cama y se dio un último vistazo antes de colocarse el vestido azul cielo. En el espejo se veía ella usando la mejor ropa interior que tenía, con ella se sentía sexy y deseada, también ella estaba preparada para esa noche, sin saberlo ambos buscaban lo mismo, el deseo y la pasión estaban encadenándolos y no estaba al tanto de ello.

Su cuerpo se surcaba por encajes sutiles y de muy buena calidad, tela blanca con detalles azules que resaltaban cada curva. Todo se ceñía de manera perfecta y sin problemas, ella estaba segura de lo que hacía y de lo que tenía puesto, era como su arma secreta.

El vestido entró con soltura y elegancia, arropaba toda su piel y resaltaba sus senos y trasero de una manera espectacular, el escote tapaba más de lo que su acompañante habría querido, pero, aun así la piel que podía verse llamaba a la locura, a la lujuria, al deseo.

El perfume terminó de dar el toque especial para que el aroma se uniera a todos los demás sentidos ya activos y expectantes. Era una Diosa que pretendía montarse en su trono esa noche e iba con todas las fuerzas a hacerlo, ella quería... necesitaba saciar esa sed de placer, sexo y deseo que sentía desde su interior, necesitaba gritar y sentirse amada.

Melissa estaba lista.

Escuchó un claxon y su móvil al mismo tiempo. Sin dudas era él.

Andrés esperaba impaciente en la entrada del edificio y solo veía el largo corredor que terminaba en el ascensor. Se abrió y ahí estaba Melissa más deslumbrante de lo que él mismo esperaba, la verdad se sorprendió tanto que no pudo disimular su rostro de asombro.

Si las cosas fuesen diferentes entraría y la llevaría a las escaleras, donde nadie los viera y la haría suya en ese instante. Parecía una loba caminando por su sendero, segura, elegante y dispuesta a comerse el mundo. En sus pantalones algo se movía.

Procuró clamarse.

Ella abrió la puerta y la sonrisa terminó de concretar lo que para los ojos de Andrés era una obra maestra.

— Buenas noches.

— Estás espectacular esta noche, Melissa.

— Muchas gracias. Tú no te quedas atrás.

— Sin comparaciones.

Andrés hizo un ademán con su mano para que ella pasara delante y al hacerlo la estela de perfume quedó atrás haciendo que Andrés se desarmara por completo.

El trasero de Melissa se contoneaba de manera tal que parecía un péndulo hipnotizador, él no podía dejar de mirarlo y ella sabía lo que estaba pasando.

Andrés se aclaró la garganta y se arregló las solapas del saco que llevaba puesto y comenzó a caminar para abrirle la puerta a Melissa. Así lo hizo y cuando entró le dio ventaja para mirar sus senos.

Mientras el hombre le daba la vuelta al coche Melissa respiró profundamente y trató de calmarse. Sentía las manos congeladas y el corazón palpitando sin parar, puso su mejor rostro y sonrió cuando el hombre se subió.

— ¿Lista?

— Siempre.

Salieron del sitio directo a un lugar que les cambiaría la vida por completo.

XI

Usando solo unas botas de cuero negro que le llegaban a la rodilla, Melissa estaba parada sobre el enorme colchón. Debajo de ella estaba Andrés deseoso de que ella cayera sobre su pene erecto y se deleitara de placer.

Las cortinas rojas estaban rodeándolos, los aromas se mezclaban, los aceites corrían por sus cuerpos y cada momento era más placentero que el otro. Ella tomó una de las velas cercanas y dejó caer sobre el pecho de Andrés la cera derretida y caliente, el contacto con la piel de él hizo que la tomara por los pies y apretara lo más fuerte que pudo.

El grito fue de placer y ella lo entendió de esa manera.

Su juego era cada vez más y más peligroso.

XII

En el interior del coche sonaba algo que, para el pobre criterio musical de Melissa, era Jazz o algo parecido y la conversación entre ellos fluía de manera espontánea como la noche anterior.

El trato era como de personas que llevaran muchos años conociéndose, hablaban, reían, bromeaba, en fin, estaban muy cómodos y se sentían bien y felices. Cada uno llevaba el corazón acelerado y quizá con algún tipo de ilusión, sentían esa atracción tan extraña, tan grande y llena de tantas necesidades, mientras salían palabras de sus bocas se imaginaban en otro lugar y haciendo cualquier otro tipo de cosas.

El camino ya no era conocido para Melissa y se dio cuenta que habían salido de la ciudad, la autopista estaba solitaria esa noche y se desplazaban a gran velocidad, lo cual la tenía un poco nerviosa, pues ya había tenido una experiencia bastante desagradable por esa misma razón, pero trató de calmarse para no arruinar el momento.

Un desvío los llevó a un edificio enorme que se estaba construyendo aun, ella miró con un poco de recelo y luego le lanzó una mirada de duda a Andrés.

— Debes confiar en mí.

Ella sonrió.

Al llegar al puesto de vigilancia Andrés solo bajó la ventanilla y saludó al hombre que estaba viendo un juego de béisbol en un televisor algo viejo. Los Red Sox le ganaban a los Yankees 9 X 0 y el hombre parecía estar disfrutando del marcador.

— Buena noche, señor. Grata sorpresa tenerlo por aquí.

“Señor”, otra persona que lo llama así.

— Hola. Gracias. — Se limitó a decir Andrés.

La actitud de él hacía el vigilante no fue del agrado de Melissa, pero, esta lo pasó por alto.

Entraron a un sucio y oscuro estacionamiento, había materiales y herramientas por doquier, Melissa no entendía que hacían en un lugar como ese, pensó que se había vestido tan elegante para nada. Decidió esperar antes de decir algo.

Se aparcaron y cuando las luces del coche se apagaron todo quedó más oscuro aún. La luz interna del coche se encendió y Andrés se inclinó sobre ella, en cuestiones de milésimas de segundos, Melissa pensó que él la besaría, pero el hombre se desvió y metió la mano en la guantera del coche. Sacó una linterna.

— Espera un momento aquí.

Las luces del coche se intercambiaron por el potente foco de la linterna. Andrés se bajó del coche y dio la vuelta para abrir la puerta de ella. Melissa no podía negar que tenía un poco de miedo, al fin y al cabo era un hombre que poco conocía, no importaba como se llevaran.

La puerta del coche se abrió y Andrés aprovecho el ángulo visual que tenía para echar un vistazo a los senos de Melissa. Eran hermosos, ver como la tela se expandía en esa zona casi con un grito de clemencia para que no la rasgaran era un espectáculo. Más allá de eso le extendió la mano para que ella saliera.

— Debes caminar con cuidado. Como puedes ver hay escombros y herramientas regadas por doquier.

— Mientras mantengas el foco de luz delante de nosotros todo estará bien.

Caminaron hasta encontrarse con una puerta de madera enorme que aún estaba cubierta con un plástico protector.

Al entrar el sonido de los tacones de Melissa cambiaron de tono. Definitivamente era porcelana lo que

pisaba.

— Espera aquí un momento mientras enciendo las luces.

Ella se quedó como petrificada en el sitio, pues al momento que Andrés se retiró un poco no podía ver más allá de su nariz. Todo estuvo así durante unos cinco segundos.

Una luz blanca iluminó todo el salón y parecía que más bien hubiesen viajado en el tiempo y espacio. Lo que ella veía en ese momento era algo totalmente deferente a lo que consiguió antes de atravesar la puerta de madera que estaba detrás de ella.

Después de que su vista se adaptó completamente la claridad, Melissa observó completamente el lugar.

El piso era efectivamente de porcelana blanca, las paredes de madera pulida, las lámparas colgaban del techo con elegancia y brillaban como el sol, una columnas blancas con detalles dorados se erguían como orgullosas de estar ahí y se perdían en molduras con diseños antiguos y con un acabado excelente.

Frente a ella tenía una enorme escalera que se dividía en medio por un posa mano dorado y al final de ésta, un reloj que seguramente habían conseguido en una tienda de antigüedades.

El lugar era muy lujoso y hermoso, la verdad Melissa quedó impresionada.

— ¿Qué te parece? En un mes estará completamente listo.

— Es hermoso, Andrés. ¿Qué es?

— Será el hotel NUDE MAGAZINE, contará con una clasificación de cinco estrellas y además las chicas podrán hospedarse aquí mientras trabajan con la revista.

Melissa quedó sorprendida. Definitivamente la revista se estaba vendiendo como pan caliente, pues una inversión como esta no la hace todo el mundo.

En medio de todo este lujo había una mesa con dos sillas, un adorno de rosas, una botella de champán en hielo y velas, así como para darle un toque romántico. Andrés la guio hasta allá y la apartó la silla para que ella se sentara, acto seguido lo hizo él al tiempo que tomaba la botella de champán y la descorchaba.

Estaban en silencio y se escuchaban las burbujas de la efervescente bebida como si estuviesen amplificadas por un micrófono de muy buena calidad. El eco en el lugar ayudaba.

Andrés le acercó una copa y levantó la de él, Melissa siguió el patrón e hizo lo mismo.

— Brindo porque vale la pena arriesgarse.

— Brindo por las personas que se arriesgan. — continuó ella.

Tomaron un par de copas mientras hablaban, eso era lo que mejor hacían, hasta ahora.

— Ahora, Melissa, me vas a disculpar un momento.

El hombre se levantó de su asiento y comenzó a quitarse el saco del traje.

— Te invité a una cena y eso es precisamente lo que haremos ahora.

— ¿Haremos?

— Pues, si, mi encantadora dama. ¿Me acompaña hasta la cocina?

A Melissa le pareció eso una idea genial, pues además de original, compartirían un rato diferente y agradable. Ella sonrió y le extendió la mano para que la ayudara a levantarse.

A un lado del salón estaba la cocina y entraron en ella.

El champán los acompañó mientras preparaban la comida y lo menos que pensaban era en comer. La conversación y la forma en cómo se iban dando las cosas ocupaban todas las necesidades y estaban conectándose cada vez más. Se miraban en silencio por instantes y sus ojos gritaban mucho más de lo que salía de sus bocas, con eso ambos asumieron que había una atracción más grande.

Melissa se acercó a la pequeña nevera que estaba de manera provisional en la cocina y se inclinó para buscar algo. Andrés no pudo evitar mirarla. El vestido se corrió lo suficiente como para dejar ver parte de la braga que llevaba, eso no fue casualidad, Melissa quiso que fuese así. Consiguió lo que buscaba y se reincorporó, Andrés debió la mirada hacía la botella y se sirvió un poco más de champán.

Iba a ser una larga noche.

XIII

En la mesa los platos estaban vacíos, las velas casi se consumían por completo y había tres botellas a un lado de la mesa. La conversación seguía.

— Cuéntame algo, Andrés. ¿Quién eres realmente?

La pregunta lo tomó por sorpresa, pero, si quería seguir con todo eso, debía decírselo en algún momento.

— Soy lo que ves.

— Pues, me parece que hay algo que no me quieres decir. Digo, en la mansión todos te trataban de señor y aquí a llegar también, y no creo que sea solo por el respeto normal a una persona. Además veo que entras donde quieres sin identificación y todos van trabajan acorde a tus órdenes.

— Eres una mujer astuta.

Ella sonrió y levantó su copa como brindando por eso.

— Soy el dueño, presidente y creador de NUDE MAGAZINE.

Ella no esperaba eso, la verdad. Melissa no supo que decir al momento.

— Y para ser sincero, esta reunión va más a allá de una simple cena. Quiero que trabajes con nosotros.

— Continuó Andrés.

Ella bajó su copa y lo miró con cautela.

¿Todo esto es para que trabaje con él?

No seas idiota, Melissa. Ya has observado cómo te mira.

— Usted sabe que yo trabajo para una revista de la competencia. ¿O no, señor?

El tono de Melissa fue con mucho sarcasmo. Pero, ambos lo tomaron a juego.

— Lo sé, y la verdad me gustó mucho el trabajo de quien te hizo las fotografías. Además, creo que tienes mucho talento y belleza de sobra, tiene el éxito asegurado.

— Será cuestión de esperar como salen las cosas en la revista.

— Te estoy ofreciendo la oportunidad para que salgas adelante y seas exitosa con la revista más vendida en el país y pronto a nivel internacional.

— No creo que sea justo para la gente con la que trabajo.

— Todo lo contrario. Los ayudarás dando a conocer tu imagen y además los contratos con NUDE MAGAZINE son excelentes.

Melissa lo miraba dudosa.

— Tendrás que darme unos días para pensarlo.

— No hay problema. Brindo por eso.

Ambos chocaron sus copas y la conversación dio un giro completamente diferente.

Las horas pasaban y las botellas se vaciaban con facilidad, Melissa decidió dejar de tomar, pues su pasada experiencia la había dejado sin ánimos de volver a emborracharse de nuevo.

Andrés la invitó a conocer el resto de las instalaciones. Recorrieron parte del hotel y salieron al balcón principal que tenía una baranda enorme y una vista espectacular a pesar de que había muchas cosas regadas y sucias por los trabajos que aún se realizaban.

De fondo tenían una noche completamente despejada, las estrellas y la luna brindaban el mejor espectáculo dando el toque perfecto a todo. Melissa se acercó a la baranda y se apoyó en ella.

Andrés miró a la mujer caminar y se concentró en su trasero, la tela del vestido parecía bailar sobre él y le insinuaban una llamada de atención. Cuando se apoyó sobre la baranda no pudo evitarlo y fue hacia ella.

— No me parece para nada justo lo que nos estás diciendo Melissa.

— Entiende que no es solo por mí. El proyecto se verá beneficiado también, no puedes ser así de egoísta. Marco, el fotógrafo y creador del proyecto donde trabajaba Melissa no daba crédito a lo que escuchaba.

— ¿Yo soy egoísta? ¡Entonces lo tuyo es traición!

Melissa se levantó mientras golpeó el escritorio con ambas manos.

— No pienso discutir esto si ni siquiera lees el contrato. Será solo por un mes.

Marco la miró sin poder decir nada. Él no quería que ella modelara para NUDE MAGAZINE, eso sería perderla y no solo como modelo. Miró el sobre que tenía frente a él y lo abrió.

En el contrato hablaban de poner su proyecto en la calle de manera impresa y le ofrecían el apoyo de las instalaciones de NUDE MAGAZINE. Además venía acompañado de un cheque con una gran suma de dinero para que organizara, diseñara y trabajara en todo lo relacionado con la primera edición.

La verdad todo eso era demasiado bueno para ser verdad, él entendía que las empresas hacían lo posible cuando querían que una modelo trabajara para ellos, pero, esto era absolutamente estúpido. Marco intuía que había algo más detrás de ese contrato.

— No entiendo la insistencia de ellos por tus servicios. Detrás de todo esto debe haber algo. ¡Por Dios somos la competencia!

— ¿Competencia? Si ni siquiera tenemos un número digno de visitas en la página web. ¿A eso llamas competencia?

Melissa se calló, pero era muy tarde. Habló sin pensar.

¡Bravo, Melissa! ¡Qué buen trabajo has hecho!

— Oye, Marco lo siento... Yo...

— No. Tienes razón.

— La verdad no quise decir algo así, solo que...

Marco comenzó a caminar hacia ella y le entregó el sobre. Ambos se miraron a los ojos y entendieron. El hombre salió de la pequeña oficina sin decir una sola palabra.

Para Melissa ese había sido el fin de todo. Si, se sentía mal, en ese momento no sabía si había aceptado el contrato porque realmente quería hacer el trabajo o por estar con Andrés más tiempo.

El contrato.

Sí. Ese contrato que ya estaba firmado y era muy diferente al que le había enseñado a Marco. Se sentó en una silla y se llevó las manos a la cabeza. Sentía culpa, pero, no se arrepentía de nada. Estaba decidida a seguir adelante con sus planes y a cumplir al pie de la letra todo lo acordado.

Salió de la oficina también y vio a Marco sentado en la acera fumando un cigarrillo, por un momento pensó en ir hasta donde estaba, pero, luego se llenó de valor y aguantó el paso. Prefirió irse antes de hacer las cosas más incómodas aún.

Melissa sintió una palmada que dio justo en el centro de su nalga izquierda y junto con ella un apretón fuerte y firme. Ella volteó de inmediato y vio de frente a Andrés. Una sonrisa pícaro y con sus ojos bien puestos sobre ella le dieron a entender más que un millón de palabras.

De inmediato se fundieron en un beso y se dejaron llevar por el momento. Sus manos envolvían el cuerpo del otro y los besos se hacían cada vez más salvajes y apasionados, en un momento el labio de Andrés se estiró tanto como pudo, presionado por la dentadura de Melissa. Ella los mordía con toda la intención de hacer que él sintiera todo el dolor posible.

Andrés le subió el vestido y la tomó de las nalgas para subirla completamente a sus brazos. Fue tarea fácil.

Ahora era él quien apoyaba su espalda de la baranda sin dejar de besar a la mujer que tenía presa en sus brazos. La brisa los acariciaba y la temperatura en sus cuerpos comenzó a subir, estaban solo en un buen radio a la redonda y ya no podían ocultar todo el deseo que sentían mutuamente.

Melissa tenía esa pasión que tanto había buscado y nunca había encontrado entre tanta mujeres que metió bajo las sábanas, ella era diferente y lo sabía, pero, la juventud de la chica no engranaba con la majestuosa que podía ser con sus besos, y estaba a punto si era así para todo lo demás.

Si dejar de besarse y siguiendo ella montada sobre Andrés se movieron hasta la entrada del balcón y ahí ella se bajó, se quedó frente a él tomándolo por el cuello y mirándolo fijamente.

— Te deseo de una manera que jamás podría comprender. Te deseo tanto que esperaba cualquier insinuación tuya para lanzarme sobre ti.

Andrés la miraba callado, disfrutando de todo aquello que escuchaba.

— Llévame y hazme tuya, Andrés.

Se besaron de nuevo.

Él la condujo hasta una de las habitaciones y encontró un colchón tirado en el piso, se acercó, le quitó el plástico protector y luego lanzó a Melissa.

Acostados comenzaron a quitarse la ropa mutuamente. Algunos botones salieron rodando y la cremallera del vestido de ella se rompió en un momento de pasión desmedida de él. Estaban cegados por todo lo que sentían y necesitaban demostrarlo de alguna manera.

Melissa tomó la delantera y lo empujó a un lado para luego ella subirse sobre él. Primero lo besó desde el abdomen, pasando por el cuello y llegando a sus labios, ya estando completamente desnuda sintió como el pene de Andrés rozó su vagina que ya estaba completamente húmeda. Soltó un leve gemido y se mordió el labio inferior.

— Quiero sentirte, Andrés. — Le dijo al oído y con la respiración entrecortada.

Sus cuerpos se unieron completamente cuando él la tomó de la cintura y la penetró suavemente. Melissa soltó una queja que se escuchó muy complaciente y se apoyó de los hombros de él para sentarse y comenzar la parte de su trabajo.

La mujer comenzó a saltar sobre el pene de su amante repetidas veces y sentía como el miembro la abría hasta lo más profundo de su ser, sentía como la rozaba en cada punto y tocaba la tecla exacta para hacerla delirar.

La manera como se posicionó Andrés le daba mucho más espacio a ella para moverse, sabía que lo que sentía tenía mucho que ver con las ganas de tenerlo, pero indudablemente esto era único e inédito para

ella, jamás había pensado tener un tipo de conexión así con alguien.

Andrés quiso tomar el control de la situación y la bajo poniéndola en cuatro patas. Melissa aún tenía la marca de la mano en una de sus nalgas y él le volvió a asentar su palma sobre ella pero, ahora con más fuerza.

— ¡Oh! ¡Dame más fuerte!

Él obedeció y le dio enseguida dos nalgadas. Una en cada nalga.

Los gritos de placer de ella al recibir el castigo encendieron de gran manera a Andrés que no tuvo ningún tipo de pasión cuando la tomó de nuevo por su cadera y se hundió en ella con toda la fuerza que pudo.

Melissa esta vez no soltó una queja sino un grito que hasta el vigilante de la entrada habría escuchado fácilmente, y no se quedó solo con ese, con cada penetración la chica gritaba y se quejaba de placer absoluto, su cerebro se desconectó completamente de su cuerpo y parecía estar viajando con drogas, podría asegurar que lo que sentía en aquel momento la hacía ver estrellas.

La vagina de ella era tan estrecha que Andrés sentía que en algún momento la rompería y por instantes pensó que los gritos de la mujer eran de dolor. El siguió haciendo lo que debía hacer sin para mientras la escuchaba a ella delirar de locura, de placer, de pasión.

Sus cuerpos se rozaban en la oscuridad de la habitación, el sudor les corría sin parar, los gemidos eran cada vez más fuerte y sus ganas, todo lo contrarios a lo que se esperaba, aumentaban. Estaban ahí juntos como desde la noche anterior lo había querido ambos.

— Ponte de lado.

Melissa escuchó en Andrés una voz dominante y eso le encantó.

La chica se acostó de lado dándole la espalda al hombre y este le subió la pierna para luego penetrarla de nuevo. Cambiar de posiciones y probar todas las que pudieran era parte del juego, o al menos eso parecía.

Los senos de Melissa se movían conforme Andrés repetía con alta frecuencia las penetraciones, él pasó la mano por debajo del cuerpo de la mujer y se lo tomó como pudo, tenía los pezones duros.

Melissa sentía la necesidad de más cuando de pronto sintió como todo se concentraba en un solo punto, sus músculos vaginales se contraían y ella ahogó un grito en el colchón. Estaba teniendo un orgasmo y aún este hombre seguía con su verga adentro, eso era algo que vivía por primera vez.

Ella se aferró del colchón con fuerza y seguía gritando, Andrés sabía exactamente lo que estaba pasando y entonces aumentó la velocidad en lo que hacía.

La mujer se relajó un poco, cuando de pronto él la puso boca arriba y se paró sobre el colchón poniendo una pierna a cada lado del cuerpo de ella. Melissa vio cómo se masturbaba hasta alcanzar el clímax y se corrió desde allá arriba sobre ella. Sus senos, cara, abdomen y manos fueron alcanzados por todo el semen que salió de él.

Andrés cayó de rodillas y luego se sentó.

Ambos estaban exhaustos y complacidos.

Se miraron y sabían que no sería la única vez.

XVI

Estando en casa, Melissa pensaba en todo lo que hablo con Andrés aquella mañana antes de dejarla en la entrada del edificio. Estaba cansada y con mucho sueño, pero, más allá de eso se sentía plena y feliz, las cosas habían salido mejor de lo que ella imaginó.

Decidió darse una ducha y mientras hacía todo automáticamente, su mente estaba en otra parte, estaba con Andrés, en esa habitación y en ese colchón. En aquel nido de amor improvisado y donde recibió el mejor sexo de su vida.

Debería dormir un poco, pues esa noche se verían de nuevo y ya sabía cómo eran las cosas con Andrés. Por primera vez había dejado a un hombre hacer lo que quería durante el sexo, se dejó llevar y ver las sorpresas que él podía darle.

Fue la mejor elección que pudo haber tomado y a pesar de que por momentos lo sintió un poco rudo, se enfocó más en el placer que le provocó aquel encuentro con ese Dios. Sí, así lo veía ahora, como un Dios.

Melissa se quedó dormida desnuda en su cama y despertó justo a tiempo para ver un mensaje de Andrés en su móvil.

“Hola. Quisiera pasar a buscarte más temprano y venir a la oficina a discutir algunas cosas del contrato”

Melissa no entendió muy bien lo que él quiso decirle, pues, ella nunca le dijo que aceptaría el trabajo con la revista, pero, eso no le importó mucho, la verdad mientras más temprano lo viera, pues mucho mejor.

Se alistó y se fue la cocina a comer algo.

XVII

La oficina de Andrés era tan lujosa como ella la había imaginado. Estaba en el último piso del edificio de NUDE MAGAZINE y tenía una vista espectacular, se notaba que al hombre le gustaba lo mejor de lo mejor y no tenía miedo en mostrarlo y ostentarlo.

Melissa lo esperaba sentada en un muy cómodo sofá mientras él había salido a buscar el contrato.

— Disculpa la tardanza, Melissa. Por primera vez tuve que redactar yo esto.

Ella no había entendido porque tuvo que redactarlo, pero todas sus preguntas serían respondidas cuando Andrés le explicara.

— Aquí tienes dos contratos, Melissa. La verdad estoy ansioso porque los leas. Uno es para ti y el otro para la gente de la revista con la que trabajas ahora.

— ¿Por qué dos contratos?

— Uno es exclusivo para ti, y necesito que lo leas con calma. El otro es para que ellos sepan que queremos tenerte temporalmente y estén al tanto de que también se verán beneficiados con todo esto.

Melissa se sentó de nuevo y comenzó a leer el contrato de ella. Para ese momento ella no estaba segura si lo iba a aceptar, pero, se fue convenciendo poco a poco.

Después de unos cinco minutos ella colocó los papeles sobre el escritorio y miró a Andrés.

— Es un contrato que nadie podría rechazar. — Dijo la mujer algo sorprendida.

— Me alegra que lo veas así.

Andrés se sonrió con malicia y en sus ojos se reflejó algo que Melissa no captó en un principio, ella seguía teniendo sus dudas sobre aquel hombre, pero había una fuerza más grande que la empujaba a buscar más sobre Andrés, a conocerlo más y por supuesto, la empujó a aceptar ese contrato.

— ¿Entonces? — dijo el hombre mientras le extendía un bolígrafo.

En el contrato hablaba de una suma de dinero enorme para ella si posaba desnuda para la revista, además solo duraría un mes y luego sería libre para trabajar con quien quisiera, pero había una cláusula que le permitiría renovar el contrato si así ella lo quería y quedar como modelos de NUDE MAGAZINE a tiempo completo. Además tendría muchos beneficios y sería la imagen de la revista durante el tiempo que estuviera ahí con ellos.

Pero, eso no era lo más importante. En un sobre más pequeño había otro contrato que era algo más perturbador, quizá. Andrés le proponía otro tipo de cosas más personales y este también tenía de por medio un cheque.

Melissa tomó el bolígrafo y firmó el contrato con la revista, pero puso a un lado el sobre más pequeño.

— Quiero que me expliques sobre el otro contrato que me das.

— Soy un hombre de negocios y estoy acostumbrado a hacer las cosas de una sola manera.

— Creo que un “contrato” está demás para lo que me pides ahí.

— No quiero que te ofendas Melissa. Sinceramente esa no es la intención.

— No estoy ofendida. Todo lo contrario, creo que esto me halaga.

Andrés quedó con la mente en blanco por un momento y observó a la mujer que en ese momento se levantaba de su puesto y caminó hacia él.

— Creo que lo de anoche fue fantástico y quisiera repetirlo las veces que sean necesarias, más que un momento único, fue el mejor sexo que jamás he tenido.

Melissa rompió el contrato a la mitad y dejó caer a cada lado de ella los trozos de papel que surcaron de manera curiosa el espacio de la oficina, al caer se deslizaron sobre el suelo.

Ella siguió caminando hacía Andrés que estaba sentado del otro lado del escritorio.

— Quiero sentirte de nuevo dentro de mí y gritar de locura y placer, quiero que poses tus manos sobre mi piel de nuevo y me hagas sentir que me quemó.

EL rostro de Melissa podría describirlo un poeta y su voz adquiría cada vez más un tono sexy y encantador para él. Ella llegó hasta la silla y la giró hasta que Andrés quedó frente a ella y solo la miraba con todas las ganas de lanzarla sobre el escritorio y cogerla en ese instante.

Melissa golpeó los dos pies de Andrés por la parte interna haciendo que sus piernas se abrieran un poco, acto seguido ella metió su rodilla en su entre pierna y se acercó hasta besarlo.

A pesar de saber que las cosas podrían salirse de control si continuaba, él correspondió al beso de esa mujer encantadora y en ese momento ella tomó una de sus manos y se la llevó hasta uno de sus senos. Andrés lo agarró con fuerza.

La rodilla de Melissa se movía con delicadeza y sintió que una prominente erección se asomaba dentro del pantalón. En la rodilla se sentía tan grande como dentro de su vagina.

— Así que no necesitamos ningún contrato. Te prometo que puedes hacerme eso y mucho más.

Melissa terminó de hablar mientras tomaba su cartera y se alejaba del escritorio.

— Te espero a las 8:00 pm, como habíamos quedado.

La mujer salió y cerró detrás de ella las puertas de la oficina mientras Andrés no salía de su asombro.

Esa noche se vieron a la hora acordada y esta vez fueron directo a hacer lo que querían.

Un hotel con temática árabe fue la elección del hombre para esa noche, Andrés pidió la habitación más costosa y por ende la más lujosa, mientras subían por el ascensor Melissa comenzó a sentir como su corazón se aceleraba y su vagina se comenzaba a mojar con solo pensar en lo que se le venía.

Contrólate, mujer. No es para tanto.

Las puertas del ascensor se abrieron y Andrés le asestó una nalgada que hizo que ella trastabillara al momento de salir. Ese golpe no fue de su agrado, pero lo dejó pasar.

La habitación era muy lujosa, así como su precio lo hizo intuir. Pero, no hubo tiempo para apreciarla mucho, pues Andrés tenía otros planes para ese mismo instante.

Abrazó y besó a Melissa tiernamente en una mejilla, lo que hizo que ella sonriera y se olvidara un poco de la nalgada que le propinó unos minutos antes, ese beso llegó hasta lo más recóndito de su ser y ella cerró los ojos, era increíble cómo se dejaba llevar por todo lo que Andrés hacía.

Él le levantó el vestido poco a poco mientras sus labios recorrían parte de su cuello y espalda, el contacto de ellos con su piel le producía a Melissa reacciones inexplicables, era algo de otro mundo, por momentos se sentía embrujada por aquel hombre.

Con las nalgas expuestas y Andrés detrás de ella caminó un poco hacía la cama, pero él la detuvo y terminó de quitarle el vestido completamente, pues a él le encantaba que, al parecer, ella se tomaba el tiempo para combinarse la ropa interior y además se veía espectacular con lo que usaba.

Melissa se volteó y le tomó el pene que ya estaba completamente erecto y listo para ella, pero, la mujer tenía una sorpresa para esa noche. Era algo que deseaba tanto que ni lo pensó.

Sentada en la cama acercó a Andrés desabrochándole el cinturón y dejando caer su pantalón, abrió la camisa y la apartó lo más que pudo. El bóxer blanco del hombre estaba estira por su pene y ella lo mordió con cautela sobre la tela. Él la tomó por el cabello.

Sabiendo que le había gustado, repitió y él la tomó con más fuerza.

Cuando bajó la ropa interior de Andrés vio por primera vez de tan cerca ese enorme miembro, estaba prensado y con el glande completamente hinchado, esperando por ella y Melissa pensó en cómo se metería todo aquello en la boca. Pero, ya la tenía hecha agua y procedió.

Ella era sin duda la mujer que más lo había hecho sentir en toda su vida, y vaya que tenía como comparar. Pero, estaba seguro que sería una más en la cuenta, como todas las anteriores, solo que Melissa también era encantadora y una mujer con la que se podía pasar tiempo.

El sexo oral era perfecto, Andrés sentía el roce de las muelas en el glande y eso lo hacía enloquecer, Melissa chupaba con fuerza y de vez en cuando hundía sus dientes para combinar un poco de dolor con placer.

El miembro entraba y salía de su boca incontables veces, ella no pensó que lo disfrutaría tanto, pero así era. Pensó que estaba cumpliendo la fantasía de chuparse uno tan grande. El acto era cada vez más placentero y ambos estaban concentrados en lo que le correspondía.

Melissa se tocaba con la mano que tenía libre y estaba loca por sentirlo dentro de ella, pero Andrés estaba disfrutando tanto de la situación que ella prefirió mantenerse en lo que estaba haciendo, mientras tanto se tocaba lo más que podía.

Melissa sintió en su boca que el pene se hinchó un poco más e intuyó que estaba a punto de correrse, pero al momento que se iba a retirar Andrés la tomó con ambas manos por el cabello y la mantuvo en su lugar, Melissa quiso apartarse de nuevo, pero, él no se lo permitió.

Entonces Andrés comenzó a tomar control de la situación y metía y sacaba el pene como si la estuviera penetrando, por momentos Melissa sintió que se lo tragaría, pues el hombre no medía lo que hacía.

Acto seguido ella sintió como un chorro de semen era descargado en su boca y llegaba directo hasta su garganta. Él, en medio de su clímax, hundió lo más que quiso el pene dentro de la boca y luego le soltó el cabello y lo dejó salir, aun se corría y el semen terminó de salir en la cara de Melissa.

La mujer se retiró lo más que pudo y fue hasta el baño. Cerró la puerta y se lavó la cara.

Melissa estaba algo consternada, no había sido del todo malo, pues, le encantaba que Andrés controlara las situaciones, pero, eso se tornó un poco raro. Pensó que quizá se dejó llevar por el momento y no se midió, pero ya había notado algunas acciones un poco bruscas de Andrés y al parecer a él no le importaban.

Salió del baño y vio que él miraba por la ventana. Estaba solo usando su bóxer blanco y al parecer también se había limpiado un poco. Ella se acercó y lo abrazó por detrás. El volteó y sonrió.

— ¿Está todo bien?

— Sí. Todo bien.

Ambos admiraron la vista que tenía en frente y se besaron durante un buen rato. Melissa creyó que con ese beso podría tener un orgasmo, pues sentía como se mojaba sin parar y justo en ese momento sintió la mano de Andrés entre sus piernas.

— ¡Oh!

Andrés la masturbó con la braga puesta y frente a la ventana durante unos minutos y Melissa no podía creer que eso se sintiera tan bien. Él la tomó y la llevó a la cama donde la puso de espaldas él y le haló la braga con fuerza, parecía que cuando se excitaba se volvía otra persona.

Andrés nalgueó a Melissa repetidas veces y ella callaba a pesar del dolor, era una sensación extraña, pero placentera. Las nalgas de ella estaban completamente rojas y luego sintió que la abrieron completamente.

Andrés la penetró con todas las intenciones de hacerla llorar, por más lubricada que estaba de igual manera sintió un gran dolor cuando semejante pene entró en ella. Pero, después de un momento pasó.

La penetraciones eran tan seguidas y fuertes que Melissa había sentido las contracciones de su vagina alrededor de cuatro veces, estaba en un laberinto de locura, sentía que su mente viajaba de nuevo y no le importaba cuanto le ardieran las nalgas, no importaba si él de nuevo quería dejar salir todo su semen en su boca, Melissa estaba prácticamente poseída por el placer que solo Andrés le daba.

— ¡Dame más, por favor! ¡No pares!

Esa vez no cambiaron de posición, solo se mantuvieron como estaban, y es que no necesitaban de nada más.

Cuando Melissa sintió el tirón en el cabello sabía que era la hora para él. Andrés se corrió dentro de la mujer con menos intensidad, pero dejando una buena ración de semen dentro de ella, la soltó y se sentó en la cama mientras ella caía sin fuerzas y sudada, las piernas le temblaban involuntariamente y pensó que se desmayaría.

Andrés se levantó propinándole otra nalgada y se fue al baño.

Esa noche no hubo una sola conversación, solo se limitaron a tener sexo y la manera tosca en el trato de Andrés hizo que Melissa le diera la espalda al momento de dormir.

A la mañana siguiente, después de dormir unas dos horas se despertó con un beso en cuello que le recorrió todo su ser, eso besos calientes y apasionados de Andrés le hacían olvidar las fuertes nalgadas y los malos tratos, ella se sentía envuelta en un aura de pasión y flotaba como si se tratase de un sueño.

Las manos del hombre la recorrieron hasta que le tomó una pierna y la apretó con todas sus fuerzas para luego levantarla y tener el paso abierto para cogerla como cada vez que él quería.

Melissa por un momento quiso detenerlo, pero su mente estaba siendo controlada por el pensamiento de sentir de nuevo todo lo que él le producía, al final se dejó llevar de nuevo y terminó gritando y gimiendo como nunca. Definitivamente ese hombre estaba hecho para ser un buen amante.

Se ducharon juntos y ese fue el único contacto no sexual que tuvo con Andrés desde el momento que llegaron al hotel.

El camino de regreso a casa fue acompañado de una pequeña conversación sobre los planes de Andrés con ella para visitar un lugar “especial” según sus palabras. Melissa solo aceptó pensando en que las cosas mejorarían, pero, realmente no sería así.

XVIII

La cabaña estaba a más de dos horas después de salir de la ciudad y era una zona muy boscosa. Había parado como media hora antes para comprar algo de comida y mucha agua, pues según Andrés no había nada.

Melissa advirtió que era un terreno enorme y que estaban completamente solos y pensó jocosamente que nadie podría escuchar sus gritos, aunque más tarde eso no sería tan cómico.

La cabaña no poseía el mayor de los lujos hasta el momento que entró en la habitación principal. La cama era la más grande que había visto en toda su vida y estaba tendida con un conjunto de sábanas rojas que la llenaba de elegancia.

A un lado había una chimenea con leña recién cortada, las ventanas tenían una vista espectacular y en la parte de afuera había un jacuzzi y un patio enorme con una zona para asar carne y pasar un buen rato. Más allá había una cortina también roja que era como la entrada a otra habitación.

Andrés entró en la habitación y la tomó por detrás.

— ¿Qué te parece?

— Es genial. Y lo mejor es que estamos solos.

Se besaron en ese momento, pero fue más un beso de rutina que con pasión.

Andrés parecía ser otro después de aquella tarde cuando pasó lo que pasó en su oficina y Melissa estaba contenta con eso, de hecho no sabía cómo él pudo convencerla de ir hasta allá después de lo sucedido.

Más allá de cualquier cosa ella se había sentido sola durante la semana que estuvieron lejos y lo pensó muchísimo, además le hacía mucha falta toda la pasión que él le daba, necesitaba todo eso que él le transmitía y sí, necesitaba que la cogiera fuerte como solo Andrés sabía hacerlo.

Por momentos Melissa creía que la pasión desenfrenada que él le otorgaba actuaba como una droga sobre su cerebro y mente, pues mientras ella estaba sin tener sexo pensaba en lo rudo y hasta violento que Andrés se ponía cuando estaba excitado, pero, al momento de sentir como su pene la penetraba todo cambiaba bruscamente, era una desconexión entre su mente y cuerpo que la llevaban a resistir cualquier cosa mientras pudiera experimentar todo aquello que la volvía loca y la hacía gemir coma nadie más en el mundo podría hacerlo.

Andrés la llamó y salió. En la mesa estaba servida una cena improvisada y no muy lujoso que digamos.

— Así que sabemos cocinar, ¿eh?

— Eso no es cocinar. Pero, de igual manera espero que sea tu agrado.

Ese era el Andrés que a ella le encantaba, así: atento, justo, amable, amoroso. Como aquel que conoció el día de la fiesta en la mansión.

Se sentaron juntos a comer y tuvieron otra de esas conversaciones largas a las que se habían acostumbrado.

Melissa estuvo pensando en todo lo que había pasado en el hotel y tuvo miedo por un momento, sintió que Andrés era otro y que las cosas se estaban saliendo un poco de control. Después de tanto pensar, puso sobre una balanza las cosas buenas y malas, y la verdad, en la parte negativa solo estaba su rudeza al momento de tener sexo, de resto las cosas eran completamente buenas.

Por otra parte se analizó a sí misma para ver porque estaba tan apegada a él. Melissa había dejado de lado todas sus cosas por tres días solo para estar con Andrés, sí, el tema del sexo era algo que la amarraba completamente, pues sentía cosas que la volvían loca, pero más allá de eso había como una conexión, que si bien no era sentimental, la tenía muy arraigada, entonces en ese momento, como comprobando su teoría, sonó el móvil de ella. Era Andrés.

— Hola.

— Hola, Melissa. Te llamaba para decirte que pases por la oficina esta tarde para acordar lo del primer trabajo con la revista.

— Sí, no hay problemas. Estaré por allá alrededor de las 4:00 pm.

— Perfecto. Te espero.

Solo el tono de voz de Andrés la hacía pensar en todos esos momentos de pasión y la calentaban completamente. Colgaron y ella durmió un rato.

Melissa estaba en la oficina de Andrés antes de la hora acordada, no porque quisiera ser puntual sino porque necesitaba verlo.

Cuando llegó él estaba hablando Elena.

— Buenas tardes, señorita Melissa.

— Hola, Elena.

Elena salió y cerró la puerta.

Andrés se levantó y le estampó un beso a Melissa que la transportó al mundo de los placeres. Hasta con eso simplemente él podía controlarla, era increíble.

Luego, él se dirigió hasta la puerta y la cerró con seguro, volvió y levantó el auricular del teléfono de su oficina.

— Elena, por favor, no me pase llamadas ni visitas.

El hombre escuchó algo por un segundo y luego colgó.

De alguna manera Melissa sabía lo que se venía y ella fantaseó con estar sobre ese escritorio siendo devorada por Andrés. Ella estaba mojada.

Los ojos de él reflejaban pasión, lujuria y deseo intenso, se acercó a ella y la besó de nuevo mientras apretaba sus nalgas, ella de nuevo era víctima de esa sensación que la acobijaba completamente. Eran uno solo en ese momento.

La ropa fue saliendo poco a poco y caía en cualquier parte de la alfombra de la oficina, estaban metidos en esa dimensión desconocida en la que entraban cuando tenían sexo y no saldrían de ahí durante mucho rato.

Andrés la sentó bruscamente en el escritorio y abrió las piernas de Melissa bruscamente, ella sintió un poco de miedo en ese momento, pero lo olvidó cuando vio que el hombre se aproximaba con su herramienta en mano dispuesto a penetrarla.

Sus cuerpos chocaban con fuerza y el pene entraba rozando cada parte de la vagina de Melissa, ella echaba su cabeza hacía atrás y trataba en lo posible de ahogar sus gritos, pero cada segundo se le hacía más difícil hacerlo. Andrés la tomaba con fuerza de las caderas y recordó por un momento que ya tenía marcas en esa zona así como en las nalgas.

El sexo continuaba sin parar y ella ya entraba en esa zona de alucinaciones y perversión donde nada le importaba más que seguir sintiendo ese monstruo de carne entrando y saliendo de su vagina.

Andrés se sentía dueño y señor del mundo, ver a esa mujer retorcerse de pasión gracias a él era lo más grande que había visto, tenía la necesidad de darle tanto como pudiera y quisiera, era algo único para él, a pesar de todas las mujeres que había tenido y tendría, pero, con Melissa sus sentidos se revolvían, su cerebro se cegaba y su libido tomaba control sobre él.

Él solo pensaba que le hacía un favor a Melissa, estaba seguro que ella lo disfrutaba tanto como él. Ese Andrés que estaba follándose a esa mujer era ese en el que se convirtió durante todo el recorrido que hizo hasta estar donde estaba, era el Andrés oscuro que quitaba del medio a quien le estorbara y sobre todo era ese al que obedecían y respetaban, ese que no aceptaba un “NO” por respuesta. No tenía sentimientos.

Melissa terminó recostándose sobre el escritorio y unos papeles se pagaron a su espalda, ella no le dio importancia y siguió recibiendo todo aquello que el hombre le daba.

Ella necesitaba gritar, necesitaba expresarse, pero, no estaban en el lugar correcto, no debía hacerlo.

Calla, mujer. Cálmate.

Solo piensa en... ¡Oh, no estás haciendo nada malo!

¡GRITA!

Melissa soltó un gemido ahogado, pero, de igual manera se escuchó como un estruendo dentro de esa oficina. Esperaba que Andrés le tapara la boca o le reclamara algo, pero, lo que hizo fue darle más fuerte.

De pronto ella sintió un dolor muy fuerte, él le había asestado una palmada en uno de sus senos y esto hizo que ella se saliera de concentración. Luego otra palmada más en el otro. Melissa trató de separarse de Andrés, pero este la tomaba con fuerza, en ese momento ella solo pensaba en el dolor que sentía en sus senos.

Andrés parecía no haberse dado cuenta de lo que sucedía y la cambio de posición. El dolor se fue mitigando y Melissa se acomodó para que él la cogiera nuevamente entando en cuatro patas, la sensación del pene dentro de ella la hizo pensar solo en eso y se relajó un poco.

Andrés la penetraba sin parar y ella ya había tenido su primer orgasmo, pensó que podría estar disfrutando del tercero o cuarto si él no la hubiese golpeado en los senos, pero, descartó ese pensamiento enseguida y siguió gimiendo lo más callada que pudo.

Andrés aumento la velocidad y sacó su pene un segundo antes de que se corriera, lo tomó con una mano y dejó que el semen cayera en la espalda de Melissa, pero mientras lo hacía, con la mano libre nalgueaba a la chica sin piedad, ella aguantó hasta que no pudo más y se hizo a un lado.

Luego el la volteó y la tomó por la cara con fuerza.

— Nadie te dijo que te movieras.

Los ojos del hombre despedían odio y quizá locura. En ese momento Melissa se asustó tanto que se apoyó del escritorio y se echó para atrás, el semen se chorreó por su espalda y cayó sobre algunos papeles, que ya estaban arrugados.

Andrés se volteó y caminó desnudo por su oficina hasta el baño. Ella lo miró aterrorizada.

Melissa se levantó apenas él entró, se limpió un poco como pudo y se vistió lo más rápido que pudo. Se hizo una cola de caballo en el cabello y trató de disimular su cara y todo lo que había pasado, rápidamente desapareció detrás de la enorme puerta de la oficina de Andrés.

Él calmándose un poco en el baño escuchó la puerta cerrarse y una ira le recorrió el cuerpo.

— ¡Perra! — Gritó y golpeó la puerta con todas sus fuerzas.

Melissa tomó un taxi inmediatamente a la salida del edificio y apagó su móvil. Estaba a punto de llorar, no sabía lo que había pasado realmente o sí había tomado una buena decisión yéndose.

Ya en el departamento ella se dio una ducha apenas llegó y ahí si se quebró por completo. Lloró hasta que se le secaron las lágrimas y se quedó bajo el agua todo lo que quiso y hasta que pudo calmarse realmente.

Salió y se miró en el espejo. Las nalgas estaban marcadas completamente y estaban sensibles al tacto. Eso la puso un poco triste, pensó que no había sido víctima de una violación, pues ella había estado de acuerdo con estar con él, lo había deseado, realmente. Lo que ella no podía entender era la violencia que él asumía al momento del sexo, hoy se había sobrepasado.

Estuvo más tranquila luego de ducharse y pensó las cosas con calma.

Quizá sea la manera de él expresar las cosas.

Por otro lado, puede que sea un bruto.

¿Puedo poner de nuevo las cosas sobre la balanza?

¡Carajo! Siempre se inclina por lo bueno.

¿Estoy exagerando?

Melissa decidió dejar el móvil apagado durante ese día y prefirió no ver más a Andrés. No importaba contrato ni pasiones. Ella creía que ya era suficiente.

Se durmió, pero tuvo un sueño algo incómodo. Soñó que estaba teniendo sexo con Andrés pero, de pronto él la golpeaba con fuerza en su cara y en todas partes del cuerpo, y a pesar de gritar tanto nadie la escuchaba estaba sola y alejada de todos.

Despertó sobresaltada, sudada y con la entre pierna húmeda. Lanzó un suspiró y estuvo contenta de que solo fuese un sueño, se recostó de nuevo, pero, no pudo dormirse.

Después de un sinfín de llamadas y mensajes de texto, Andrés por fin pudo hablar con Melissa una semana después. A pesar de que la buscó con todas las ganas y habló con ella, nunca le pidió disculpas por lo sucedido, pero si le dijo que jamás lo haría de nuevo.

La conversación duró más de tres horas y ambos dejaron en claro todo lo que pensaron, esa noche él se despidió y no tuvieron sexo como dando chance a que todo se calmara y tomara de nuevo el rumbo que le correspondía. Tanto Andrés como Melissa necesitaban de ese espacio, pero, también de lo que uno le ofrecía al otro.

Habían llegado a un acuerdo, pero, nunca acordaron verse de nuevo, ni hablaron del contrato.

Esa noche Melissa no durmió ni un segundo en su mente pasaban muchas cosas, y estaba hasta feliz de haberlo visto de nuevo, lo necesitaba realmente y si la situación hubiese sido otra se habría lanzado sobre él apenas lo vio, durante toda la conversación estuvo nerviosa y le miraba la entre pierna por momentos, ella también había advertido que Andrés le miraba los senos en varias ocasiones.

Los pensamientos de Melissa estaban divididos, pero cuando se imaginaba todo lo que Andrés le ofrecía a nivel sexual, pues se inclinaba por ahí. Entonces lo llamó a la mañana siguiente.

Después de hablar con él esperaba que todo estuviese bien al momento de ese encuentro que él llamó especial.

La comida terminó y ellos estaban conversando y riendo, eso era lo que ella esperaba siempre, no importa si duraba solo una noche más, pero que fue así. Andrés la pasaba bien, pero estaba pendiente de otras cosas.

Entraron a la habitación y se besaron, ya Melissa sabía que ese era el detonante para que sucediera todo lo demás, pero, esta vez Andrés estaba más cuidadoso, se besaron hasta quedar en ropa interior y fue el quién paró por un momento.

— Quiero enseñarte algo, Melissa.

Ella sorprendida, pero, curiosa le extendió la mano para que la llevara hasta donde él quería y caminaron hasta la cortina roja. Estaba nerviosa, no lo negaba.

Andrés apartó la cortina y lo primero que Melissa observó es que había un pasillo pequeño que llevaba hasta una especie de colchón redondo en el piso y que estaba en una parte al aire libre, o al menos eso parecía desde su perspectiva. Pero, las cosas cambiaron drásticamente cuando Andrés encendió las luces del lugar.

En las paredes del pasillo había de manera muy ordenada diversos juguetes sexuales que Melissa jamás había visto personalmente, pero si tenía conciencia de lo que eran. Un escalofrío le recorrió la espalda, pero estaba ligado con una sensación de curiosidad y deseo. Caminar por ahí en ropa interior hizo que todos esos sentimientos afloraran más.

Máscaras, cadenas, esposas, pinzas, látigos y mucha lencería erótica nueva de paquete. Todo en cuero, y más que un lugar para imaginar momentos sexuales parecía un cuarto de torturas, pero ella siguió caminando.

Entendió parte del comportamiento rudo de Andrés y pensó que tal vez con estas cosas no sería tan violento, además ella quería probarlas. Siguieron hasta el final y llegaron al sitio donde estaba el colchón redondo, realmente no estaba al aire libre, lo rodeaba y cubría paredes y techo de vidrio templado, ella jamás se habría imaginado un sitio así. El piso era de terracota y había dos muebles también, era impresionante ver los árboles y la naturaleza.

Ya en el lugar fue ella quien dio, con miedo, el primer paso. Se colgó del cuello de Andrés y comenzó a besarlo hasta que estuvieron sobre la cama, esta vez las cosas iban con más calma y algo nuevo sucedió.

Él metió la cabeza entre las piernas de Melissa y le estaba dando sexo oral, ella pensaba que cuando se la cogía era genial pero, en ese momento estaba viendo el cielo. La lengua se movía con facilidad y rapidez, además cuando chupaba el clítoris todos sus sentidos se borraban. El placer era, ahora, sentido de otra manera.

De pronto Andrés le tomó una de las manos a Melissa y se la puso sobre su vagina. Ella inmediatamente y como por un impulso comenzó a masturbarse y no perdió el hilo mientras él se fue un momento al pasillo.

Andrés volvió con unas esposas y un látigo y algo más que ella no pudo divisar.

Melissa lo miró y a pesar de ponerse algo nerviosa, ya estaba en ese punto donde no le importaba absolutamente nada.

Andrés puso las cosas sobre el colchón y le quitó la mano a Melissa para poder penetrarla, lo hizo como siempre: bruscamente. Pero, ya ella estaba acostumbrada a eso. Mientras la follaba él la agarraba por lo hombros, ella gritaba de placer y él no paraba de meterlo. En las pocas ocasiones que Melissa abría los ojos miraba la espectacular habitación y deliraba de placer.

Ella gritaba con fuerza. Era el momento.

Andrés dejó de follarla por un momento y buscó las esposas.

— ¡Cógeme, Andrés, no pares!

Él sonreía mientras le colocaba las esposas y luego la nalgueó.

Melissa estaba esposada con los brazos detrás de ella y él siguió fallándola sin parar. A pesar de estar un poco incomoda con las esposas ella lo disfrutaba, pues era algo nuevo y él la sostenía para mantenerla en equilibrio.

El acto en sí estaba bien hasta que las cosa comenzaron a cambiar progresivamente.

Andrés se levantó dejándola arrodilla y con los hombros apoyados en el colchón, tomó el látigo y comenzó a azotarla. La sensación no era completamente desagradable, pero, por momentos el cuero quemaba muchísimo sobre la piel.

Melissa trató de aguantar lo más que pudo hasta que él mismo paró y continuó penetrándola. Eso la hacía olvidarse del resto, aunque las nalgas ardían mientras él estuviera hundiéndose en ella no importaba nada.

Los gritos de Melissa era cada vez más frecuentes, ella recordó todo el tiempo que estuvo lejos de Andrés y disfrutaba cada penetración, estaba extasiada y gemía sin parar.

Melissa ya había tenido su primer orgasmo, entonces Andrés la tomó de los brazos con fuerza y luego de le sentarse en él colchón hizo que ella lo hiciera sobre su pene, Andrés tenía el control total de la situación y eso era lo que le gustaba. Para eso eran las esposas.

Melissa se movía circularmente sobre aquel miembro erecto y lo sentía en cada centímetro, estaba con la cabeza echada hacia atrás y Andrés la sostenía con fuerza por la cintura. Las esposas le molestaban un poco, pero trataba de no pensar en ellas.

Andrés paró un poco y la acostó sobre la cama, en ese momento Melissa quedó sobre sus brazos esposados y el agarró algo más de la cama. Eran unas pinzas y ella supo lo que haría con ellas, las acercó poco a poco a los pezones de la mujer y los colocó, el primero dolió más que el segundo, pero ella aguantó pues si había algo de placer en eso. Andrés comenzó a penetrarla de nuevo.

Esta vez lo hacía con mucha fuerza, sin parar. Las pinzas se movían bruscamente y el dolor iba aumentando progresivamente, ella estaba tratando de concentrarse, pero ahora había algo por qué preocuparse. Veía la cara de Andrés, que lo tenía de frente, y por momentos parecía un psicópata, pero ella prefirió cerrar los ojos.

Las esposas comenzaron a molestar más con los movimientos y sentía como le maltrataban las muñecas. Melissa trató de hacer caso omiso a eso cuando vio que Andrés se preparaba para lo mismo de siempre: regar todo su semen sobre ella. Ya no lo estaba disfrutando.

Él descargó completamente el líquido sobre la mujer y justo cuando estaba por terminar haló una de las pinzas de los pezones y ella gritó con un dolor inmenso y trató de voltearse pero, el hombre no la dejó. Las lágrimas se le salieron.

Andrés estaba como segado, ahora en sus ojos había ira y esa adrenalina le produjo la energía necesaria para seguir cogiendo a Melissa, pero, ella trató de cerrar las piernas, lo cual fue imposible teniendo al hombre sobre ella.

— ¡Suéltame! ¡Ya terminaste, pues déjame descansar!

— ¿Qué te suelte? ¿Acaso no sabes con quien estás hablando?

Hasta el tono de voz había cambiado. Ella estaba en presencia de otra persona, este no era Andrés.

El hombre le abrió las piernas nuevamente y la penetró a juro, ella intentó sentarse al menos pero, él la empujaba y seguía metiéndoselo sin parar.

— ¡Déjame, Andrés!

Una cachetada sorprendió a Melissa y esta se dejó caer en la cama algo confundida.

Ella logro reponerse y se inclinó hacia adelante. Lo escupió.

Andrés se llenó de toda la ira posible y le propinó dos cachetadas más y ella esperaba despertarse en algún momento de ese sueño, pero lamentablemente sabía que lo que estaba viviendo era la más cruda realidad.

Melissa estuvo como ida durante unos minutos y solo veía todo negro. Realmente él la había golpeado fuertemente. Sentía que aun la estaba... ¿Violando? Sí, ahora si lo estaba haciendo y a lo lejos escuchaba a Andrés gritándole.

— ¡A mí nadie me dice que no! ¡Yo tengo lo que quiero!

El hombre seguía gritando lleno de cólera.

— ¡Despierta, puta! ¡Quiero que grites de placer y dolor! ¡Te tendré de nuevo así sea lo único que haga.

Melissa sintió que se levantó y en ese momento se pudo reponer un poco. Recordó un artículo que leyó sobre personas sadomasoquistas y supo que Andrés tenía un problema. En ese artículo decía que era una enfermedad mental y era altamente peligrosa cuando no se sabía controlar. Y a eso se le añadía el problema de superioridad que él tenía.

Melissa sabía que corría peligro allí, pero, estaban solos y nadie la escucharía gritar.

Trató de mantenerse quieta a pesar que a esas alturas las esposas ya estaban más que molestando y vio que Andrés se acercaba de nuevo. Cerró los ojos.

Era el momento de la verdad y quizá era su única oportunidad para salir con vida de ahí. Estaba muy asustada y debería hacer algo para salvarse. Sus movimientos debería ser sorprendivos y rápidos, si lograba salir de ahí, lo demás sería pan comido.

El hombre se acercaba desnudo y ella lo observaba con los ojos entrecerrados, traía algo en las manos, pero, no lograba descifrarlo. Podría ser cualquier otro juguetito, para satisfacer sus necesidades mentales y sexuales, o podría ser un arma. La verdad no quería averiguarlo.

Justo cuando estaba tan cerca como ella quería, Melissa flexionó hacía atrás su piernas y después las empujó con todas sus fuerzas, descargando todo sobre el pecho de Andrés. En el momento que hizo eso sintió como tronó una de sus muñecas y las esposas se clavaron en su espalda.

El hombre, quién no esperaba nada de lo que sucedió, trastabilló hacía atrás hasta perder el equilibrio y cayó al piso golpeándose la cabeza. Melissa con el impulso cayó boca abajo en el suelo, pero logro evitar una lesión en el rostro.

Se levantó como pudo pensando que en algún momento Andrés se levantaría. Ella comenzó a correr sin mirar atrás.

Tenía la espalda adolorida, pero, su desesperación por salir de ahí la empujaba, no importaba cuanto le doliera, solo quería ir lo más lejos posible. Las piernas no reaccionaban de la manera que ella quería, pero, de igual manera siguió adelante.

La puerta de afuera estaba cerrada, pero Melissa probó suerte a ver si no tenía llave o pasador. Se volteó y tanteó como pudo con sus dos manos esposadas, giró la perilla dos o tres veces, pero, la muy condenada se le resbalaba de las manos, no era fácil darle la vuelta en la posición que estaba. Siguió intentándolo hasta lograrlo y Melissa, a pesar de saberse desnuda, no dudó en salir.

Miró hacia los lados, pero solo veía bosque y terreno infinito, así que decidió ir por donde entraron con el coche. Recordó que no muy lejos de ahí había una carretera. Ella corría y gritaba sabiendo que eso sería en vano, pero, al menos lo intentaba. Entonces sucedió lo que temía y por un momento miró atrás, pues sintió que alguien la perseguía, pero, el camino estaba solitario, era parte de los nervios y la mente. Tomó un respiro y comenzó a correr de nuevo ya los pies estaban algo ampollados por el roce con la tierra, las piedras y el monte, pero, eso no la detuvo en lo absoluto.

A pocos metros estaba la carretera, la podía ver, Melissa corría sin parar. Llegó y cayó de rodillas, el asfalto las golpeó con fuerza y ella explotó en llanto. No sabía si estaba a salvo, tampoco sabía si estaba haciendo lo correcto, quizá nadie se pararía a ayudarla pensando que sería una loca al verla desnuda.

A lo lejos, una esperanza. Un coche se acercaba.

Era un coche de la policía.

¡Gracias Dios!

Un policía se bajó del coche y avisó lo que acontecía por la radio y se escuchó una voz distorsionada que le decía algo y escuchó con atención durante unos segundos. El hombre salió quitándose la chaqueta y arrojando con ella a Melissa para luego quitarle las esposas.

Todo lo hizo con total profesionalismo y siempre hablándole a la joven para que se tranquilizara y tuviera confianza en él. Ella se recostó del pecho del oficial y lloró al tiempo que la levantaba y la llevaba al coche.

El policía la sentó en el asiento trasero y le ofreció algo de beber. Ella tomó el recipiente con las manos temblorosas, estaba más que asustada. El oficial esperó que ella se refrescara un poco y luego le preguntó lo que había sucedido.

— Hable con calma y confianza, señorita.

Melissa respiró profundamente y se aclaró la garganta. Divago un poco, pero, poco después comenzó a contarle toda la historia al policía.

—... fue justo cuando lo empujé con mis piernas y el cayó al piso. No sé qué sucedió con él, pues corrí sin mirar atrás. Estaba muy asustada, la verdad no sabía que hacer así que lo único que hice fue correr y correr, necesitaba salir de ahí, pues yo...

Melissa reventó a llorar de nuevo.

El oficial la dejó sola por un momento, fue al asiento delantero de la patrulla y llamó apoyo, volvió hasta donde estaba Melissa.

— ¿Me podría llevar hasta esa cabaña, señorita?

Ella asintió.

— Allá nos esperará una patrulla rural que está muy cerca del lugar y ya está enterado de todo lo que sucede.

Se pusieron en marcha.

Al parecer la pesadilla había terminado y todo quedaría en el pasado. La verdad es que Melissa lo menos que quería era volver, pero, se sintió muy cómoda con el policía y además le inspiró confianza. Estaba protegida.

Durante el camino Melissa pensó en algo que la heló por completo: ¿Y si Andrés estaba muerto? Ella vio cuando se golpeó la cabeza y escuchó que tan fuerte sonó, además le pareció extraño que él no intentara perseguirla. Ahora quería salir corriendo y desaparecer, pero, eso era imposible ahora.

Final

La policía encontró restos de sangre en la sábana de la cabaña y estas correspondían a Melissa según pruebas hechas en el laboratorio ese mismo día por la noche. En la cabaña había señales de violencia de género y un psicólogo encontró a Andrés con un leve trastorno psicológico.

Andrés fue recluido en una clínica para curar una gran herida en la cabeza y solo pagó una fianza ya que Melissa no lo denunció, solo pidió que él no pudiera acercarse a ella jamás y le otorgaron una caución que le garantizaba eso. Además el hombre tenía que pagar una indemnización a ella por los daños ocasionados.

La revista siguió funcionando, pero las ventas e irónicamente las ventas se dispararon cuando el caso fue conocido por el público, no hubo mejor campaña que esa para ellos, pero, su jefe no volvió a la oficina, no quería que lo vieran después de eso y trabajó desde su casa todo el tiempo.

Melissa se retiró del modelaje y se mudó a otra ciudad donde trabaja en una empresa de alimentos ejerciendo la carrera que había estudiado.

La historia se convirtió en noticia durante mucho tiempo, pero, ninguno de sus protagonistas dio una versión oficial, todo había quedado en el pasado.

Algunas noches Melissa tenía pesadillas con lo ocurrido y despertaba llorando, pero en otras ocasiones las pesadillas se convertían en sueño muy placenteros y cuando despertaba tenía la entre pierna mojada y decidía, algunas veces, terminar lo que Andrés no terminaba en sus sueños.

Sin duda alguna, y a pesar de su locura, Andrés era todo un hombre en la cama. Le dio el mejor sexo de toda su vida y estaba segura que no conseguiría a alguien que la pudiera hacer gritar así y volverla tan loca, era algo que solo él podría hacer.

Quizá las enfermedades como esa no sean del todo malas si las controlas.

¡Oh, Andrés!

Si tan solo pudieses darme una vez más, así tan fuerte como lo hacías,

Te permitiría las nalgadas y quizá las esposas si no me lastiman tanto.

Pero, por favor vuélveme loca de nuevo,

Hazme alucinar y perder la cabeza,

Llévame hasta esos sitios que mi mente construía cuando me cogías.

Ayúdame a sentir de nuevo como mi vagina se contrae involuntariamente.

Haz que llegues tres, cuatro o cinco orgasmos, uno tras otro.

No me dejes así pensándote y deseándote.

¡Oh, Andrés, si no estuvieras tan loco!

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

— Comedia Erótica y Humor —

[J*did@-mente Erótica](#)

[BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)

— Romance Oscuro y Erótica —

[El Rompe-Olas](#)

[Romance Inesperado con el Ejecutivo de Vacaciones](#)

— Erótica con Almas Gemelas —

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos

ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.

Table of Contents

- [I](#)
- [II](#)
- [III](#)
- [IV](#)
- [V](#)
- [VI](#)
- [VII](#)
- [VIII](#)
- [IX](#)
- [X](#)
- [XI](#)
- [XII](#)
- [XIII](#)
- [XIV](#)
- [XV](#)
- [XVI](#)
- [XVII](#)
- [XVIII](#)
- [XIX](#)
- [XX](#)
- [XXI](#)